

GREGORIO
MARTINEZ SIERRA

CANCION DE CUNA






V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID
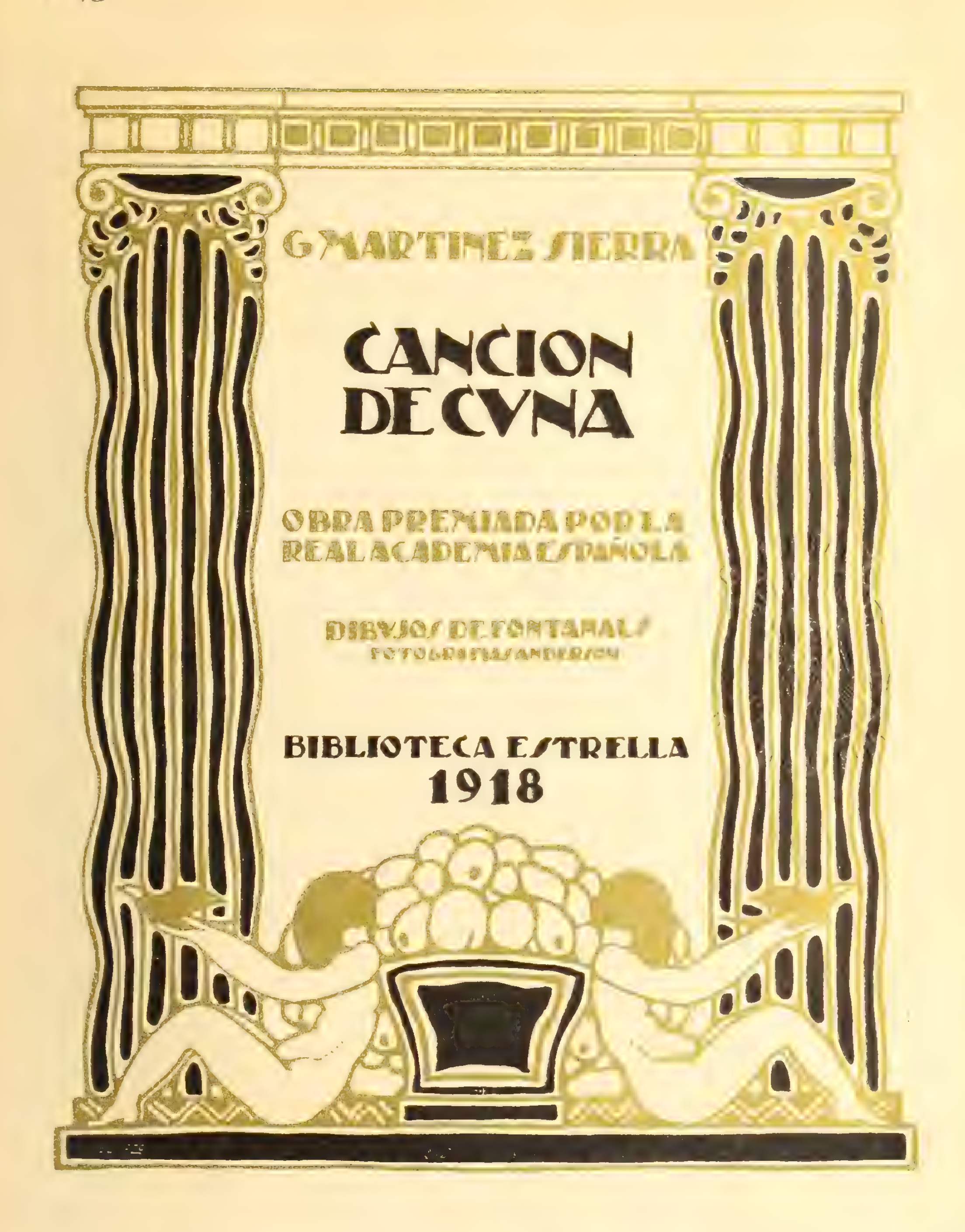





A
JACINTO BENAVENTE


CANCION
DE CVNA




G. MARTINEZ SIERRA
CANCION DE CUNA
OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DIBUJOS DE FONTANALS
FOTOGRAFIAS ANDERSON
BIBLIOTECA ESTRELLA
1918



AL LECTOR

Preguntarás, tal vez, al abrir este libro: ¿Qué motivo, razón o capricho han podido mover al autor de CANCIÓN DE CUNA *a ilustrar esta edición de su comedia, después de todo, sencillamente humana, con tantas imágenes de la Madre de Dios? ¿Qué viene a hacer la santa Doncella de Nazaret, con el Hijo divino en los brazos, entre estas monjitas tan de carne y hueso que se afanan en torno al cestillo que sirve de cuna a la hija del pecado? Y por si acaso lo preguntas, el autor responde: El motivo es, humildemente, una razón de gratitud. A no ser por todas estas dulces, santas y bellas imágenes,* CANCIÓN DE CUNA *no se hubiera escrito.*

Fué una primavera inolvidable — 1910 —, la del primer viaje del que esto escribe a Italia. Abril, mayo, junio, peregrinación y Pascua florida, entre las rosas y bajo los cipreses de Florencia, por los pinares de la Marina de Pisa, a la sombra augusta de las triunfales ruinas de Roma, por

las calles de la tan española Nápoles, por los canales y los laberintos de Venecia, por las colinas místicas y paganas de Fiésole, por los baluartes de Lucca y las encrucijadas de Verona, con los ojos y el alma deslumbrados bajo el cielo azul, por el sol de oro, por la luna de nácar, allí donde la vid se enreda al naranjo y el vino sabe a azahar, a sol y a miel...

Ahora bien, Italia, además de su cielo y sus ruinas, de sus cipreses y sus naranjos, de sus arcos triunfales y sus fuentes, tiene sus templos y sus museos: y en las salas de sus museos y en los altares de sus iglesias, sonríe en centenares de cuadros y esculturas la Madre que tiene en el regazo al Hijo. Desde que Cimabué — el primero — pintó a María con Jesús en los brazos, el enjambre de abejas laboriosas que dió a Italia las palmas y laureles del Renacimiento, no se cansó de repetir en tablas, lienzos, tierras y mármoles el símbolo esencial de la vida, la imagen de la Maternidad triunfante: la Virgen-Madre gozándose en el Hijo. Allí están, inefables, cifra eterna y milagro inmortal, la Madre pensativa de Botticelli, la Madre embelesada de Filippo Lippi, la Madre gozosa de Rafael, la Madre serena de Bellini, la Madre niña de della Robbia, la Madre humilde de Mino da Fiesole, la Madre diosa de Donatello... y tantas y tantas... y en una sala de los Uffizi, en Florencia, peregrina venida de tierras de bruma, sola, como apartada en recogimiento, para dar más lugar a la meditación bien



RAFAEL

ordenada, la Madre profundamente humana de Hugo van der Goes, menos deslumbrante tal vez, en hermosura física, que sus hermanas las bellas italianas, hijas del sol, pero con la suprema belleza interior irradiando en los ojos que, apartados del presente apacible, mientras ofrece el Hijo a la adoración de ángeles y pastores, miran a lo lejos, anteviendo y aceptando el dolor venidero, con el heroísmo sensato, silencioso, tenaz e invencible que ha sido siempre y es el alma misma del alma de Flandes.

El que esto escribe — digo — vivió toda una primavera acompañado por tanta divina sonrisa de Madre que se mira en el Hijo, y, al cuajar el verano, dispuesto ya a salir de tierra italiana, una tarde, en Milán, en el recogimiento de un modestísimo cuarto de fonda, puesto en penumbra para poder sufrir el calor sofocante de la hora de siesta, tuvo de pronto, como revelación, inesperada y fulminante, la visión plena de CANCIÓN DE CUNA. *Por ello está seguro, aunque la comedia se haya escrito entre el bullicio de París y en la serenidad silenciosa de los Alpes Berneses, de que la debe a la contemplación obsesionante del caricioso gesto femenino... Y, agradecidamente, quiere hoy que siga sonriendo entre sus páginas, la piedad maternal que fué su inspiradora.*

G. M. S.





VERROCCHIO

PERSONAJES

TERESA (18 íd.).
LA PRIORA (40 íd.).
LA VICARIA (40 íd.).
LA MAESTRA DE NOVICIAS (36 íd.).
SOR JUANA DE LA CRUZ (18 años).
SOR MARCELA (19 íd.).
SOR MARÍA JESÚS (19 íd.).
SOR SAGRARIO (18 íd.).
HERMANA INÉS (50 íd.).
HERMANA TORNERA (30 íd.).
EL MÉDICO (60 íd.).
ANTONIO (25 íd.).
UN HOMBRE DEL PUEBLO.
EL POETA.

Dos Celadoras y varias monjas más.



MORALES


ACTO PRIMERO



LUINI



Rincón de claustro en un convento de monjas dominicas. — Paredes blanqueadas, y suelo de ladrillos. — En la pared de la izquierda, portón con portillo que comunica con el exterior: sobre el portón, campana para llamar desde la calle. — A un lado del portón, torno. — Cerca del torno, mesita de pino. — Por las paredes del claustro, algunos cuadros viejos. — Por los arcos se ve un jardín pobre con pozo en el centro. Hay plantadas en él verduras, algunos árboles frutales y unos cuantos rosales: en los poyos de los arcos, macetas de rosas, claveles, albahaca, hierba-luisa, sándalo y balsamina. — Algunos bancos de madera y un sillón.

Al levantarse el telón, la Madre Priora estará sentada en el sillón. Las demás Monjas la rodean, unas sentadas en los bancos, otras en los poyos de los arcos, algunas en el suelo sobre ruedos de pleita, y otras en pie. Hay mucha animación y alegría.

Sor Sagrario. — ¡Sí, sí, que los diga!

Sor Marcela. — ¿Verdad que sí, Madre?

Priora. — Dígalos, dígalos, ya que los ha compuesto.

Sor Juana. — Me da mucha vergüenza.

Maestra. — Esas son tentaciones de amor propio, hija mía.

Vicaria. — Y el primer pecado del mundo fué la soberbia.

Sor Juana. — Es que están muy mal, y se van a reir todas de mí.

Vicaria. — Con eso se mortifica la vanidad.

Maestra. — Además, que aquí no estamos en ninguna Academia, y lo que nuestra Madre ha de ver en ellos es la intención.

Priora. — ¡Vaya, vaya, no sea melindrosa!

Sor Juana. — *Recitando.* A nuestra amadísima Madre en el día de su Santa Patrona:

Reverenda Madre:
En tan fausto día,
a felicitarla
acuden sus hijas.
Ovejuelas somos,
que bajo su guía,
buscamos del cielo
la senda escondida.
A un lado las rosas,
a otro las espinas.
En lo alto del monte,
Jesús y María.
A Jesús le pido
cien años de vida,
y a su dulce Madre
cien años de dicha,
para que los goce
en santa alegría,
que bien lo merece
mi madre querida.

Las monjas palmotean y hablan todas a un tiempo.



BOTTICELLI

VARIAS. — ¡Bien, muy bien!

OTRAS. — ¡Ay, qué bonitos!

TORNERA. — ¡Si parecen los gozos de la Virgen del Carmen!

INÉS. — *Con mala intención.* Los habrá copiado de alguna novena.

SOR JUANA. — *Envalentonada por el triunfo.* ¡Viva nuestra Madre!

TODAS. — *Con alborozo.* ¡Viva!

PRIORA. — Vaya, vaya, no se me alboroten. . . Muy lindos. Muchas gracias, hijita. No sabía yo que teníamos un poeta en casa. Ya me los pondrá en un papel para que yo los lea.

SOR JUANA. — Ya están puestos, reverenda Madre. Si su reverencia se sirve aceptarlos.

La ofrece un rollo de papel-pergamino, atado con primorosos lazos azules. En él están escritos los versos, dentro de una orla de flores, palomas y corazones, pintada a mano.

PRIORA. — *Deshaciendo el rollo.* ¡Jesús, qué bien escritos y qué orla tan linda! ¿También sabe pintar?

SOR JUANA. — ¡No, reverenda Madre! Los ha copiado Sor María Jesús, y la orla la ha pintado Sor Sagrario. Sor Marcela ha hecho los lazos.

SOR MARCELA. — Con eso es un recuerdo de todas sus novicias.

Priora. — ¡Y yo sin enterarme de nada! ¡Mire qué disimulo han tenido las benjaminas!

Sor Juana de la Cruz. — Teníamos permiso de la madre Ana de San Francisco. Ella nos dió la cinta y el pergamino.

Priora. — ¡Muy bonito! ¡También sabe guardarme secretos la señora Maestra de novicias!

Maestra. — Un día es un día...

Sor Juana. — Y hoy se perdona todo.

Priora. — *Sonriendo.* El pecado no es grave.

Vicaria. — *Agriamente.* Con tal de que no vayan a sacar vanidad de sus habilidades. La Santa madre Teresa de Jesús, nunca quiso que hubiera labor curiosa en manos de sus hijas. El Malo nos combate por donde menos lo pensamos, y no están bien primores del siglo donde se han hecho votos de humildad y pobreza.

Maestra. — ¡Alabado sea Dios, Madre Vicaria! No le busque su reverencia tres pies al gato.

Sor Marcela. — *Escandalosamente.* ¡Ja, ja, ja!

Vicaria. — ¡Qué risita más inoportuna!

Sor Marcela. — *Fingiendo humildad, pero riéndose con disimulo.* Perdone su reverencia, que ha sido sin querer. Servidora tiene muchas veces tentaciones de risa, y no lo puede remediar.

Vicaria. — Mordiéndose la lengua, se remedia.

Sor Marcela. — ¡Ay, no lo crea su reverencia!



DONATELLO

PRIORA. — *Decidiéndose a intervenir.* Vaya, vaya, no sea respondona, que hoy no quiero castigar a nadie.

VICARIA. — *Murmurando.* ¡Ni hoy, ni nunca!

PRIORA. — *Quemada.* ¿Qué quiere decir su reverencia con eso, Madre Vicaria?

VICARIA. — *Humilde.* Lo que todas sabemos, reverenda Madre: que la bondad de vuestra reverencia es inagotable.

PRIORA. — ¿A su reverencia le pesa que lo sea?

VICARIA. — *Remilgada.* Por mí no, que, con la ayuda del Señor, procuro cumplir mi obligación, ajustándome a la letra y al espíritu de nuestra Santa Regla; pero no faltará quien, alentada por tanta indulgencia, pueda resbalar y aun caer...

PRIORA. — ¿Es que tiene su reverencia algo que proclamar determinadamente? Si es así, hable.

VICARIA. — Vengo observando, y el Señor me perdone la malicia, que, de algún tiempo a esta parte, en la Comunidad abundan esas «tentaciones de risa» de que habla Sor Marcela. Y esto, unido a otras manifestaciones de regocijo, no menos extemporáneas, demuestra cierto relajamiento en la virtud de la circunspección.

PRIORA. — No se preocupe por eso. La Providencia se ha servido últimamente traernos al rebaño ovejuelas jóvenes, y triscan un poquillo por los prados del Señor; pero no llevan malicia las pobres. ¿No es éste el parecer de la señora Maestra de novicias?

MAESTRA. — Desde luego, reverenda Madre. *¡Gaudeamus autem in Domino!*

VICARIA. — Vuestras reverencias sabrán lo que hacen: yo he cumplido con mi deber.

Suena la campana del torno. La Hermana Tornera, que es una viejecilla vivaracha, se acerca al torno después de hacer una reverencia a la Priora.

TORNERA. — ¡Ave María Purísima!

VOZ DE HOMBRE. — *Dentro.* ¡Sin pecado concebida! ¿Se puede hablar con la Madre Abadesa?

TORNERA. — Diga qué se le ofrece, hermano.

VOZ DE HOMBRE. — Pues de parte de la señora alcaldesa, que los tenga muy felices, y que aquí tiene un recuerdo suyo, y que siente no venir en persona a felicitarla; pero que no puede por lo que ustedes saben. *La Priora suspira, levantando los ojos al cielo, y las demás hacen coro al suspiro.* Y que, aunque pudiera por eso, tampoco podría, porque está en cama con el dolor que ustedes saben.

TORNERA. — Todo sea por Dios. ¿No mejora la pobre de sus dolencias? Dígale que esta tarde le mandaremos un tarrito de ungüento de Santa Clara, y que estas pobres monjas no la olvidan en sus oraciones. Aquí quedan pidiendo por ella para que el Señor le dé conformidad. . .

Da la vuelta al torno y aparece en él un cesto primorosamente cubierto con un paño blanco.



ALONSO CANO

¡Ah!, y que la Madre agradece muchísimo el obsequio. Vaya con Dios, hermano. *Acercándose al grupo con el cesto que ha cogido del torno.* ¡Pobre señora! ¡Cuántas tribulaciones le da Nuestro Señor sobre la cruz del matrimonio!

Priora. — Para ella, más pesada que para nadie. Tan piadosa la pobre, y casada con un liberalote.

Maestra. — Y que desde que tiene la sartén por el mango se ha desatado el hombre. ¿Oyeron vuestras reverencias ayer a media tarde repicar las campanas de la parroquia? Pues es que el muy hereje las mandó voltear porque en las elecciones de Madrid sacaron mayoría los republicanos.

Todas. — ¡Jesús, Jesús!

Vicaria. — ¿Y el párroco lo ha consentido?

Inés. — Otro que tal el párroco, y el Señor me perdone si falto a la caridad. ¿Saben vuestras reverencias lo que ha tenido el valor de decirle a este pobre capellán nuestro, que es más bueno que el pan? Pues le ha dicho que él es más liberal que el alcalde, y que el día menos pensado canta en misa mayor el Prefacio con la música del himno de Riego.

Priora. — ¡Calle, calle, no diga herejías!

Maestra. — Esas son calumnias de gente mal pensada.

Inés. — ¡Ay, no; me lo ha contado a mí el propio don Calixto esta mañana, mientras se revestía para celebrar!

Por cierto que a la casulla blanca hay que ponerle nueva la tira del centro.

PRIORA. — ¿Otra vez?

INÉS. — Otra vez: está hecha una lástima. El pobre don Calixto es tan fervoroso, que muele la seda a golpes de pecho.

VICARIA. — ¡Todo sea por Dios! Es un santo.

PRIORA. — Y a todo esto no hemos visto el obsequio de la señora alcaldesa. Acérquelo, hermana.

SOR SAGRARIO. — ¡Ay, qué cesto tan grande!

TORNERA. — Pues pesa muy poco.

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Serán merengues!

INÉS. — ¡Ya salió la golosa!

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Como si ella aborreciera el dulce!

SOR MARCELA. — ¡Vamos, hermana Inés, que bien le gusta rebañar el perol de cuando en cuando!

INÉS. — ¡¡Rebañar el perol!! ¡Servidora rebañar el perol! ¡Ay, Jesús dulcísimo, qué falsedad tan grande!

PRIORA. — No se disguste, que ha sido broma. ¡Ay, Sor Marcela, Sor Marcela, tenga un poco más de formalidad, y pídale perdón a la hermana!

SOR MARCELA. — *Arrodillándose delante de la monja.* Perdóneme, hermana, para que Dios la perdone, y haga la caridad de dejarme que le bese la mano en desagravio de haberla ofendido.

PRIORA. — Así han de ser mis hijas, humildes. Hermana



MIGUEL ANGEL



BOTTICELLI

Inés, déle a besar la mano a Sor Marcela, ya que lo pide tan humildemente.

SOR MARCELA. — *Besándole la mano con encarnizamiento.* ¡Ay, qué olor a vainilla tan rico le echa este dedo, hermana! ¡De seguro tenemos natillas de postre!

Risa homérica de todas las monjas.

INÉS. — *Rompiendo a llorar de rabia.* ¡A mí, a mí! ¡A vainilla! ¡Madre de los Dolores. . .! ¡Cuándo se oyó tal!

PRIORA. — *Imponiéndose seriedad.* Sor Marcela, tiene usted el demonio en el cuerpo, el Señor me perdone. Vaya usted a arrodillarse en un rincón, de cara a la pared, y rece con los brazos en cruz, una estación mayor al Santísimo.

SOR MARCELA. — Con muchísimo gusto, reverenda Madre.

Va a arrodillarse en el rincón, pero a cada momento vuelve la cabeza, saca la lengua y se sienta en el suelo como si se cansara.

PRIORA. — ¡Vaya, hermana, destape ese cesto y veamos qué hay!

TORNERA. — Con su licencia, reverenda Madre. ¡Ay, si es una jaula!

SOR SAGRARIO. — ¡Con un canario dentro!

TODAS. — ¡Un canario, un canario! ¡A ver, a ver!

MAESTRA. — ¡Qué lindo!

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Qué bonito!

SOR JUANA. — ¡Si parece de seda!

INÉS. — ¿Cantará?

PRIORA. — Claro que cantará; no nos iba a enviar la señora alcaldesa un canario mudo.

SOR SAGRARIO. — ¡Ay, la jaula! ¡Miren qué adorno tiene con alambre dorado!

MAESTRA. — No es adorno, son letras.

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Ay, sí, sí! ¡A ver qué dicen!

MAESTRA. — «Convento de Religiosas Dominicas».

INÉS. — ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

VICARIA. — Si es más buena que el pan la pobre señora.

PRIORA. — No podía habernos regalado cosa más de mi gusto. Precisamente estaba yo loca por un canario.

INÉS. — Dicen que las monjas carmelitas tienen dos primorosos, y que el año pasado por Jueves Santo los colgaron en el Monumento y daba gozo oirlos.

MAESTRA. — Pues si éste canta bien, le colgamos nosotras este año, y quitamos la caja de música.

PRIORA. — Eso no, que la caja de música es regalo del señor Capellán, y con razón se ofendería. Habrá caja y canario. Con las sonatas se animará a cantar el animalito.

SOR JUANA. — ¡Ay, cómo se baña!

SOR SAGRARIO. — ¡Y cómo se sacude!

PRIORA. — ¡Qué cosas hace Dios!

VICARIA. — ¡Y luego hay desdichados que dicen que el mundo se ha hecho solo!

INÉS. — ¡Sor Marcela me ha sacado la lengua!



SOR MARCELA. — ¡Ay, reverenda Madre, es incierto!

VICARIA. — ¡Cómo incierto, si lo he visto yo con estos ojos que ha de comer la tierra!

SOR MARCELA. — Digo que es incierto que se la haya sacado a la hermana. La saqué porque se me puso una mosca en la punta de la nariz, y como tengo los brazos en cruz, con algo la había de espantar.

SOR JUANA. — Reverenda Madre, por ser el día de su Santa Patrona, levántele el castigo a Sor Marcela.

SOR MARÍA JESÚS. — Sí, reverenda Madre, nosotras le fiamos que no vuelve a hacer ninguna travesura.

PRIORA. — La hermana Inés, que ha sido la ofendida, es quien tiene que pedir el perdón.

NOVICIAS. — Lo pide, lo pide: ¿verdad, hermana Inés?

INÉS. — *Con mal gesto.* Perdónela si gusta su reverencia.

PRIORA. — Ea, pues venga acá, diablejo malo. Sepa que la perdono por ser el día que es y por no desairar a sus hermanas.

SOR MARCELA. — Dios se lo pague.

PRIORA. — Póngase derecha esa toca, que siempre parece que va a echar a volar. Y ahora cada una a su oficio. ¿Qué están ahí murmurando?

SOR SAGRARIO. — No murmuramos, Madre; es que queríamos pedirle una cosa.

SOR MARÍA JESÚS. — Y nos da reparo.

PRIORA. — ¿Tan atrevida es?

Sor María Jesús. — Atrevida, no; pero...

Sor Juana. — Ya se lo figura su reverencia...

Priora. — ¿Servidora? No, por cierto.

Sor Sagrario. — Pues que lo diga nuestra Madre Maestra.

Maestra. — ¿Servidora?

Novicias. — ¡Sí, sí!

Maestra. — Alabado sea Dios. Como saberlo, no lo sé de cierto; pero me figuro que lo que desean es que, atendiendo a la festividad, la reverenda Madre les conceda un ratito de *parleta*. ¿Es eso?

Novicias. — ¡Sí, sí, sí!

Sor Marcela. — ¡Viva nuestra Madre Maestra!

Priora. — ¡Silencio, silencio! ¿Aún no tienen bastante con lo que esta mañana llevan hablado?

Vicaria. — El apetito siempre pide más. Es corcel indómito, y ¡ay de quien le afloja las riendas! Si en mi mano estuviera, no daría ocasión a posibles deslices. El Apóstol Santiago dice bien: «¡Aquel que diga que por la lengua no delinquió, miente!»

Sor Marcela. — ¡Ay, Sor Crucifixión, no le quite su reverencia la voluntad a la Madre!

Vicaria. — ¿Servidora? ¡Qué vale mi opinión en esta casa!

Priora. — ¿Me prometen no ofender al Señor con murmuraciones ni palabras disipadas?



PERUGINO

Novicias. — Lo prometemos.

Priora. — Siendo así, hablen cuanto gusten, hasta la hora del rezo.

Novicias. — ¡Gracias, gracias!

Suena la campana de la puerta.

Tornera. — Dos golpes. ¡El médico!

Priora. — Cúbranse.

Las monjas se echan los velos por la cara.

Y quítense del paso.

Las monjas desaparecen como fantasmas.

Sor Sagrario. — *Acercándose.* Reverenda Madre: servidora tiene un panadizo.

Priora. — Quédese entonces... y usted también, Sor María Jesús. *A la Tornera.* Abra, hermana.

Quedan en escena la Priora, la Hermana Tornera, Sor Sagrario y Sor María Jesús. La Hermana Tornera abre, y entra el Médico; tiene muy cerca de sesenta años.

Tornera. — Ave María Purísima.

Médico. — Sin pecado... Buenos días, hermana.

Tornera. — Muy buenos, doctor.

Médico. — ¿Cómo andamos de santidad hoy por la mañana?

Tornera. — ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

Médico. — Mucho, mucho. Felicidades, Madre.

Priora. — ¡Tan hereje y se acuerda del Santo del día!

MÉDICO. — Porque es santa, señora, porque es santa.

PRIORA. — ¡Ay, no me escandalice a mis novicias!

MÉDICO. — ¿Novicias? ¿Dónde, dónde? Ya lo decía yo al entrar: ¡a carne fresca me huele!

PRIORA. — ¡Don José, don José!

MÉDICO. — Ya me callo. . . Vamos a ver, ¿qué les duele a estas blancas corderas?

SOR SAGRARIO. — Servidora tiene un panadizo.

MÉDICO. — ¡Miren qué picardía, en un dedo tan mono! Pues habrá que pincharlo, hermanita.

SOR SAGRARIO. — *Con susto.* ¿Ahora mismo?

MÉDICO. — No, señora; mañana, si no se resuelve esta noche con una cataplasma y cinco Padrenuestros. Ni uno menos, ¿eh?

SOR SAGRARIO. — *Con buena fe completa.* No, señor.

MÉDICO. — ¿Y esta otra?

PRIORA. — ¡Ay, doctor! Esta me tiene muy preocupada: se me duerme en el coro, suspira sin motivo, llora sin fundamento, no le apetece comer más que ensalada. . .

MÉDICO. — ¿Cuántos años tenemos?

SOR MARÍA JESÚS. — Diez y ocho.

MÉDICO. — ¿Cuántos llevamos en esta santa casa?

SOR MARÍA JESÚS. — Dos y medio.

MÉDICO. — ¿Y cuántos nos faltan para profesar?

SOR MARÍA JESÚS. — Otros dos y medio, si el Señor se



BARTOLÍ TADDEO



BEATO ANGÉLICO

digna concederle a esta humilde novicia la gracia de llegar a ser su esposa.

MÉDICO. — A ver esa cara.

PRIORA. — Levántese el velo.

Sor María Jesús se levanta el velo.

MÉDICO. — No ha tenido mal gusto el Señor. Palidita, pero torneada.

TORNERA. — ¡Qué don José éste! . . .

MÉDICO. — De modo que melancolía. . ., suspiros a deshora, desgana. . . Pues no va a haber más remedio, hijita: una ducha bien fría todas las mañanas y un rato de gimnasia al aire libre.

TORNERA. — *Un poco escandalizada.* ¡Gimnasia, don José!

MÉDICO. — A no ser que prefiramos escribir una carta a la mamá para que nos lleve a casita y nos busque un buen novio.

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Ay, don José, servidora tiene vocación de religiosa!

MÉDICO. — Bien, bien; entonces, agua fresca, hijita. No hay otra terapéutica posible. Contra melancolías a los diez y ocho años, o ducha o matrimonio.

SOR SAGRARIO. — *Atreviéndose con candor.* Y usted, que tanto predica, ¿por qué no se casa?

MÉDICO. — Porque tengo sesenta, hija mía, y hace ya más de quince que no estoy melancólico. Además, ¿con

quién quieren ustedes que caiga, si todas las muchachas bonitas se vienen al convento?

PRIORA. — ¡Calle, calle, que me voy a tener que enfadar!

MÉDICO. — ¿No hay más enfermería ambulante?

TORNERA. — No, señor.

MÉDICO. — ¿Y la fija?

TORNERA. — Lo mismo: la pobre Sor María de la Consolación no ha pegado los ojos en toda la noche. ¿Se acuerda usted que ayer dijo que la mordía un perro en el estómago? Pues hoy dice que se le ha atravesado un sapo en la garganta.

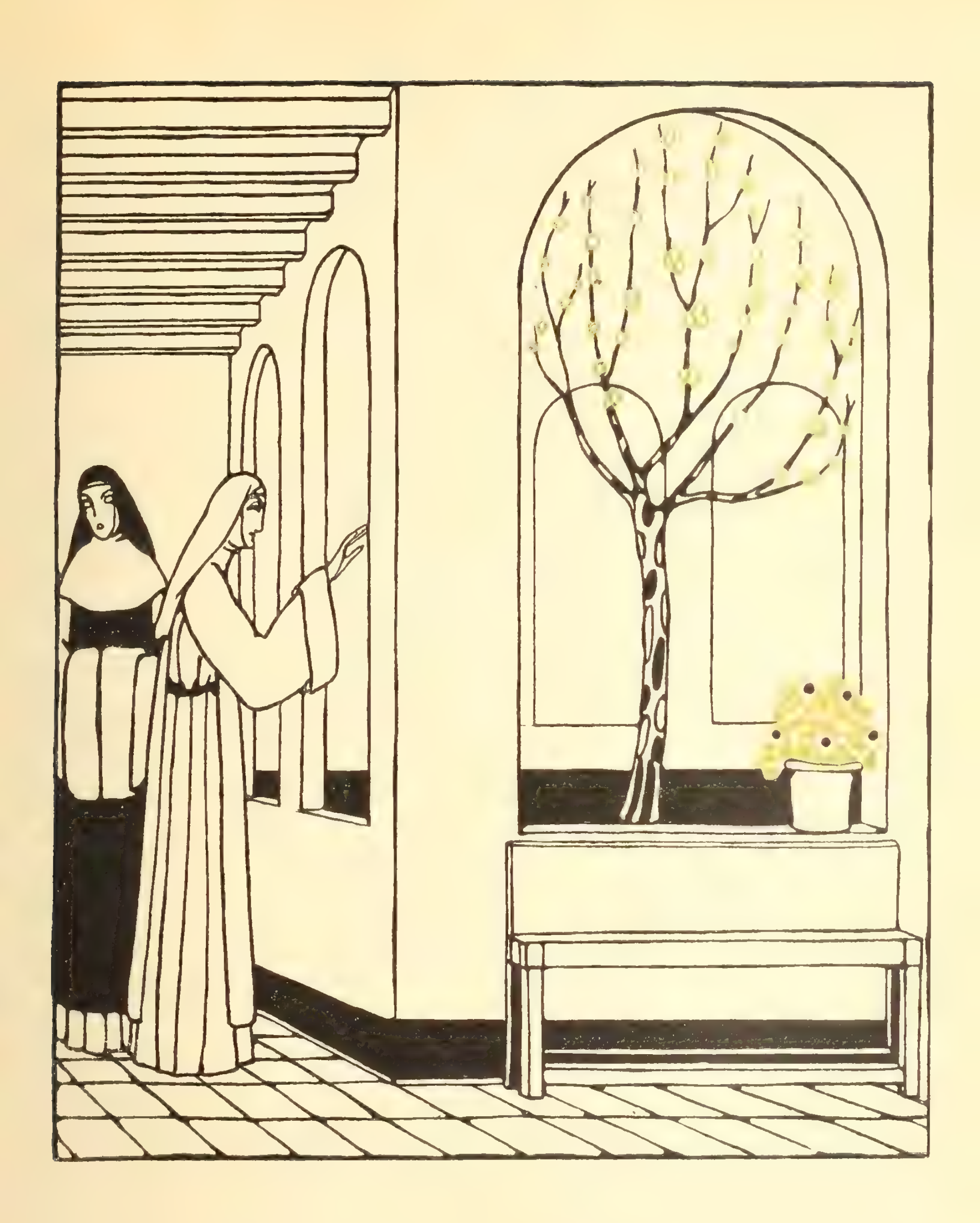
MÉDICO. — Vamos allá, vamos allá... ¡Cuánta guerra les da el diablo a estas pobres señoras! Hasta la vista, Madre.

PRIORA. — Hasta luego, doctor. *A la Tornera.* Acompáñele, hermana, y entretanto pueden cuidar del torno estas niñas.

La Hermana Tornera coge una campanilla que hay sobre la mesita, y con el velo echado por la cara, va tocando delante del Médico, que la sigue.

Yo me voy un instante al coro, que no sé cuánto rezo tengo atrasado.

SOR MARÍA JESÚS. — ¿Nos da su reverencia permiso para llamar a las otras dos?



PRIORA. — Llámenlas, pero no me hagan locuras.

Sale.

SOR MARÍA JESÚS. — *Acercándose a uno de los arcos del claustro.* ¡Chis, chis, Sor Marcela, Sor Juana de la Cruz! Vengan, que vamos a cuidar del torno, y tenemos permiso para hablar.

Entran Sor Marcela y Sor Juana de la Cruz.

SOR SAGRARIO. — ¿Y de qué hablamos?

SOR JUANA. — Que nos cuente un cuento Sor Marcela.

SOR MARCELA. — En seguida, para que se escandalicen ustedes.

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Ay, hermana, no somos tan mojigatas!

SOR MARCELA. — O para que luego vaya Sor Sagrario con el chismecito a la Madre Maestra.

SOR SAGRARIO. — ¡Servidora!

SOR MARCELA. — ¡Sería la primera vez!

SOR SAGRARIO. — ¡Ay, hermana, pueden ustedes estar tranquilas! Me voy a este rincón a hacer labor. *Saca del bolsillo alicates, cuentas y alambre, y se pone a engarzar un rosario.* Y ya pueden ustedes hablar de lo que gusten, que no las oigo.

SOR JUANA. — Vamos, hermana, no sea quisquillosa.

Todas van a buscarla, y al cabo se deja convencer, haciendo monerías como chico que dice: No juego.

Sor Sagrario. — ¡Ay, se ha quedado aquí el canario!

Sor Marcela. — ¡Pobrecillo! ¿Qué te parece a ti, haber entrado en este nido de palomitas bobas? ¿Quieren ustedes que le abramos la jaula?

Sor María Jesús. — ¿Para qué?

Sor Marcela. — ¡Toma, para que vaya donde le dé la gana!

Sor Sagrario. — ¡Ay, no, no!

Sor María Jesús. — Menudo disgusto tendría la Madre.

Sor Marcela. — Y menuda alegría tendría él. ¡Andando! *Abre la jaula.* ¡Vuela, corazón, vuela; el mundo es tuyo! ¡Eres libre!

Sor Juana. — No sale.

Sor María Jesús. — ¡No se mueve!

Sor Marcela. — ¿Pero no ves qué sol tan hermoso hace fuera, estúpido?

Sor Juana. — Los canarios, como nacen dentro de la jaula, no quieren libertad.

Sor María Jesús. — Le gusta ser un encarceladito, como sus monjas.

Sor Marcela. — Pues haces muy mal, hijo. *Cierra la puerta de la jaula.* Dios ha hecho el aire para las alas y las alas para volar. Y el que pudiendo andar por las nubes, se conforma a vivir dando saltitos, entre dos cañas y una hoja de lechuga, es tonto de remate. ¡Ay, madre de mi vida, quién fuera pájaro!



MEMLING

SOR JUANA. — Eso sí que es verdad, ¡quién fuera pájaro!

SOR MARÍA JESÚS. — Golondrina, que dicen que todos los años pasan el mar y se van no sé dónde.

SOR SAGRARIO. — Yo, muchísimas noches sueño que vuelo... es decir, volar no; que voy por el aire sin tener alas.

SOR MARCELA. — Y yo, que corro de prisa, de prisa, y que bajo escaleras sin tocar con los pies en el suelo ni en los escalones.

SOR SAGRARIO. — Y qué gusto da, ¿eh? Y qué rabia luego, cuando una se despierta y ve que no ha sido verdad.

SOR MARCELA. — Yo, tantas, tantas veces lo he soñado, que ya, hasta despierta, no sé si es verdad o mentira.

SOR JUANA. — ¿Por qué soñará una tantas veces lo mismo?

SOR MARCELA. — ¡Vaya usted a saber! Puede que porque son cosas que una desearía.

SOR MARÍA JESÚS. — Sí que son bonitas las cosas que una desea.

SOR SAGRARIO. — Y luego puede que, si una las lograra, le sirvieran de poco. Porque a ver: si tuviéramos alas como los pájaros, ¿dónde íbamos a ir?

SOR MARCELA. — Yo, al fin del mundo.

SOR MARÍA JESÚS. — Yo, a Tierra Santa, para ver el Calvario.

Sor Juana. — Yo, el portal de Belén y el huerto de la casa de Nazaret, donde vivió la Virgen con el Niño.

Sor Sagrario. — ¡Como que iba a tener un huerto!

Sor Juana. — Claro que sí, con un arroyo, pasando por la cerca; bien claro lo dice el villancico:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan
y el agua pasa riendo...

También en el huerto de mi casa, en el pueblo, hay una mata grande de romero a orilla del arroyo que va por el linde... ¡Más veces he cantado yo eso, lavando los pañales de mi hermano el pequeño!... Porque somos siete, y yo la mayor... *Con entusiasmo.* Y lo que es ése... ¡me tiene dada a mí más guerra!... ¡Ay, Señor! *Limpiándose los ojos con las manos.* Siempre se me saltan las lágrimas cuando me acuerdo del dichoso crío... ¡Más malo es!... Pero me quiere a mí más que a mi madre, y el día que salí de casa para venir aquí, tomó una perra...

Sor Marcela. — Yo también tengo hermanos, pero son mayores. La segunda se casó hace dos años. *Con importancia.* Y ya tiene un niño. Una vez lo ha traído para que yo lo vea.

Sor Juana. — *Interrumpiendo con gran interés.* Ya me acuerdo, que pasó una manita por la reja, y servidora se la



besó. ¡Qué suaves tienen las manos los chiquillos! Yo, siempre que comulgo, me figuro que recibo al Señor en figura de niño, y así le aprieto contra el corazón, y me parece que, como es tan pequeño y tan desvalido, no me puede negar cosa que le pida. Y luego se me antoja que llora, y le pido a la Virgen que me ayude a callarlo. ¡Si no fuera porque me da vergüenza y porque se iban a reir de mí, le cantaría coplas!

Suena la campana del torno.

Sor Sagrario. — Llaman al torno. ¿Quién será?

Sor Juana. — Preguntadlo, que para eso nos han dejado aquí.

Sor María Jesús. — ¿Quién pregunta?. . . Yo no. . .

Sor Sagrario. — Ni yo tampoco. . .

Sor Marcela. — Pues no son ustedes poco cortas de genio. Preguntaré yo, y eso que soy la más nueva en la casa. *Acercándose al torno, dice con voz queda.* ¡Ave María Purísima!

Pasa un momento de silencio. No contestan.

Sor Juana. — Dígalo más alto.

Sor Marcela. — *Levantando la voz.* ¡Ave María Purísima!

Sor Sagrario. — Nada.

Sor María Jesús. — *Atreviéndose y con voz muy aguda.* ¡Ave María Purísima!

Silencio; las novicias se miran con asombro.

SOR MARCELA. — ¡Sí que es raro!

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Parece cosa de brujería!

SOR SAGRARIO. — ¡Qué miedo!

SOR JUANA. — ¿Miedo? Algún chiquillo que al pasar se habrá divertido en tocar la campana.

SOR MARÍA JESÚS. — Mire por las rendijas a ver si ve alguien.

SOR MARCELA. — *Inclinándose.* Alguien, no; pero algo sí parece que hay en el torno.

SOR JUANA. — A ver, a ver...

Dan la vuelta al torno, y aparece otro cesto también cuidadosamente cubierto con un paño blanco.

Un cesto.

SOR SAGRARIO. — Será otro regalo para la Madre.

SOR MARÍA JESÚS. — Sí, sí; aquí viene un papel prendido.

SOR JUANA. — *Leyendo, sin tocar el papel.* Para la Madre Priora.

SOR SAGRARIO. — Ya lo decía yo.

SOR MARCELA. — Alguien que quiere darle una sorpresa.

SOR JUANA. — ¿Será de don Calixto, el capellán?

SOR MARCELA. — ¡Quiá, mujer!

SOR MARÍA JESÚS. — O del médico.

SOR JUANA. — Si acaba de venir, y no ha dicho nada.

SOR SAGRARIO. — Por lo mismo, como es tan ocurrente...

SOR MARÍA JESÚS. — Quitadlo de ahí.



RAFAEL

Sor Marcela. — *Levantándolo y llevándolo a la mesa.* Lo pondremos aquí, junto al canario. Y éste sí que pesa.

Sor Sagrario. — ¿Qué traerá?

Sor Marcela. — ¿Levantamos un poquito el paño?

Sor María Jesús. — ¡No, no, que es pecado de curiosidad!

Sor Marcela. — Vaya, vaya; salgamos de dudas. ¡Quién lo va a saber! *Levanta un poco la punta del paño y da un grito horroroso.* ¡¡Ay!!

Sor Juana. — *Precipitándose a mirar.* ¡Jesús!

Sor María Jesús. — ¡Ave María!

Sor Sagrario. — ¡Bendito y alabado!. . .

Al grito de Sor Marcela, que ha puesto en conmoción el convento, entran por diferentes sitios la Priora, la Vicaria, la Maestra de novicias y diferentes monjas.

Priora. — *Entrando.* ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan ustedes?

Vicaria. — ¿Quién ha dado ese grito?

Maestra. — ¿Sucede algo?

Las cuatro novicias están temblorosas, vueltas de espaldas al cesto y ocultándole con el cuerpo.

Vicaria. — Como si lo viera, que ha sido Sor Marcela.

Priora. — Vamos, hablen: ¿qué pasa? ¿Qué hacen ahí como cuatro estatuas?

Maestra. — ¿Les ha ocurrido alguna cosa?

Sor Juana. — No, señora Madre; es que...

Sor María Jesús. — Es que...

Sor Marcela. — *Atreviéndose.* Es que... llamaron por el torno... y no era nadie... y dejaron un cesto... este cesto... y servidora tuvo curiosidad de destaparlo...

Vicaria. — ¡Naturalmente! No podía menos...

Sor Marcela. — Y hay...

Priora. — ¿Qué hay?

Sor Marcela. — Hay... Más vale que lo vea su reverencia.

Priora. — Acabemos. *Se acerca al cesto y le destapa.* ¡Jesús mío! *En voz muy baja.* ¡Una criatura!

Todas. — *Con diferente expresión de voz.* ¡Una criatura!

Sor Crucifixión, escandalizada, se santigua.

Priora. — *Apartándose.* Véanlo sus reverencias.

Todas las monjas se precipitan hacia el cesto y le rodean.

Vicaria. — ¡Ave María, qué cosa tan pequeña y tan colorada!

Maestra. — ¡Y está durmiendo!

Sor Juana. — ¡Cómo aprieta las manos tan rechiquitinas!

Sor María Jesús. — ¡Se le ve el pelito debajo de la gorra!

Sor Sagrario. — ¡Parece un ángel!

Vicaria. — ¡Buen ángel nos dé Dios!



Sor Juana. — *Como si la ofendiesen personalmente.* ¡Ay, Madre Vicaria, no diga eso!

Priora. — *Con piedad.* ¿De dónde vendrás tú, criatura?

Vicaria. — De sitio bueno, seguro que no.

Priora. — ¡Quién sabe, Madre! ¡Hay tanta pobreza en el mundo! . . .

Vicaria. — ¡Hay tanto vicio, reverenda Madre!

Maestra. — ¿Dicen que no vieron a nadie por el torno?

Sor Marcela. — A nadie; no, señora. Tocaron la campana. . . preguntamos. . . y nadie respondió.

Sor Sagrario. — *Cogiendo el papel, que se habrá caído.* Pero aquí hay un papel.

Priora. — *Cogiéndole y leyéndole.* Para la Madre Priora.

Vicaria. — ¡Valiente regalito para su reverencia!

Priora. — Sí; es una carta. *Desdobla el papel, y lee.* «Reverenda Madre: Perdone usted la libertad que una servidora se toma, fiada en la grandísima caridad de ustedes, de dejar en el torno a esta recién nacida. Yo, señora, soy una de estas que llaman mujeres de la vida, que le aseguro a usted que bien lo siento; pero así es el mundo, y no hay que darle vueltas, y a la que le toca cuesta abajo como a la que le toca cuesta arriba, y yo qué le voy a contar a usted, señora. El caso es que esta niña no tiene padre, vamos al decir, que es lo mismo que si no le tuviera, y yo que soy su madre la dejo aquí, aunque me cuesta lo mío dejarla; porque aunque sea una lo que es, no es ninguna

loba, y la quiero como quiera a lo suyo la mujer que más; pero, por lo mismo, ya que ha venido a este perro mundo sin que nadie la llame, de sobra comprendo yo que no se merecía la infeliz ser hija de quien es, sobre todo, señora, de su padre, y no quiero que el día de mañana se abochorne de haber nacido del modo que ha nacido y de tener la madre que tiene, y me lo pueda decir en mi cara, y yo le pido a usted, por lo que usted más quiera, que la amparen ustedes y se queden con ella en esta santa casa, y no me la echen ustedes a la Inclusa, que allí me crié yo, y sé lo que se pasa, aunque las hermanas tengan caridad de una y sean buenas, como sí que lo son. Y si luego, cuando sea mujer, pregunta por su madre, le dicen ustedes que se la llevó el diablo, con perdón sea dicho, que yo no he de ponerme nunca delante de ella ni he de darles a ustedes sofocación ninguna, y así ustedes pueden hacer tranquilas la buena obra, si la quieren hacer, que yo le vuelvo a suplicar a usted, señora, que la hagan, por la memoria de su madre de usted, y Dios se lo pague, y ella vivirá en paz y como Dios manda, que ojos que no ven, corazón que no siente.»

VICARIA. — ¡Jesús! ¡Ave María!

MAESTRA. — ¡Pobre mujer!

SOR JUANA. — ¡Hija de mi alma!

VICARIA. — ¡A valientes madres les da Dios hijos!

PRIORA. — Dios sabe lo que hace, hermana, Dios sabe lo que hace.



LUINI



GERINO DE PISTOIA

Inés. — ¿No dice más la carta?

Priora. — ¿Qué más va a decir?

El Médico y la Hermana Tornera han entrado hace un momento.

Médico. — Es verdad; ¿qué más va a decir?

Priora. — ¿Qué le parece a usted, don José?

Médico. — Que le han regalado a usted una buena alhaja.

Priora. — ¿Y qué hacemos con ella?... Porque yo... esa pobre mujer... pone a esta criatura en nuestras manos, y yo bien la quisiera amparar como pide, quedarme aquí con ella.

Novicias. — ¡Sí, Madre, sí!

Maestra. — ¡Silencio!

Priora. — Pero no sé si debo... es decir, si podemos... porque nosotras, al vestir este santo hábito, hemos renunciado a todos los derechos... y adoptar una niña legalmente... no sé. ¿A usted qué le parece?

Médico. — Que es verdad: legalmente, no tienen ustedes derecho a la maternidad.

Vicaria. — Y aunque lo tuviéramos, ¿iba a quedarse aquí una criatura, hija, a lo que parece, del vicio más abyecto?

Priora. — Eso sería lo de menos; ella no es responsable del pecado que la engendró, y la madre harto paga la pena de su culpa, renunciando así a todos sus derechos.

Vicaria. — No le habrá costado mucho renunciar.

Priora. — ¿Qué sabemos, Madre, qué sabemos?

Vicaria. — Nos lo figuramos: es muy cómodo echar hijos al mundo y que cargue con ellos el prójimo.

Médico. — Eso de la comodidad cabría discutirlo. Hay trances que no son nunca cómodos.

Sor Sagrario. — ¡Ay, ha abierto la boca!

Sor Juana. — Tendrá hambre el angelito.

Sor María Jesús. — Se chupa las manos.

Sor Juana. — Quíteselas, que chupando, chupando, se llena de flato la pobre y luego le duele la tripita.

Sor Sagrario. — ¡No chupes tú, alma mía!

Sor Juana. — Miren qué buena es; le quitan el capricho, y no llora.

Priora. — Esa es otra, ¿quién le da de mamar?

Sor Juana. — La mujer del demandadero tiene un chico pequeño y le está criando.

Priora. — Por lo mismo, no va a criar a dos.

Sor Juana. — Tan chiquita no mama casi nada, y además se le ayuda con papilla clarita o con leche de vacas que se pone al baño-maría y se aclara con un poco de te.

Médico. — ¡Miren qué experiencia en achaque de críos tiene Sor Juana de la Cruz!

Sor Juana. — Es que, servidora, tiene seis hermanos pequeños. ¡Ay, reverenda Madre, encárguemela a mí, y verá qué bien se la cuido!



FILIPINO LIPPI

VICARIA. — No nos faltaba más que esta diversioncita para las novicias. ¡Ya que ellas son de suyo poco inclinadas a la disipación!

PRIORA. — Díganme lo que piensan, sinceramente... todas.

Todas hablan a un tiempo.

MAESTRA. — Servidora, reverenda madre...

TORNERA. — Servidora...

INÉS. — Me parece a mí...

PRIORA. — *Sonriendo.* Pero una a una.

TORNERA. — Es un ángel que nos manda el Señor, y servidora cree que hay que recibirle con los brazos abiertos.

MAESTRA. — Claro que sí. Figúrense sus reverencias que no fuera una niña, sino... qué sé yo... un perrillo pequeño, una paloma, como la que cayó en el huerto hace dos años, que venía escapada y herida de eso que dicen tiro de pichón. ¿No la recogimos? ¿No la cuidamos? ¿No vive desde entonces tan feliz en su jaula? Pues, ¿cómo va a ser menos una criatura con alma que un animalejo sin ella?

TORNERA. — ¡Sí, sí; hay que tener caridad!

VICARIA. — Celebro que la señora Maestra de novicias haya recordado el asunto de la paloma, porque así me evita a mí el traerle a cuento, pudiera parecer que con malignidad. Contra mi parecer se retuvo aquí dentro al animalito, que ya lleva dando harto que sentir. Esta, que si yo la cogí;

la otra, que si yo la cuidé; aquélla, que si abre el pico cuando yo me acerco; la de más allá, que si mueve las alas cuando paso. . . Parcialidades, celos, astucias del demonio, que no cesa. Si esto fué un pájaro, ¿qué será una niña? Esta, que la cuidó; la otra, que la limpió la baba; aquélla, que me mira; la de más allá, que me llama. Ya está Sor Juana de la Cruz haciéndole mimos. . .

Sor Juana. — ¿Servidora?

Vicaria. — Disipación y más disipación. Piensen sus reverencias que, al pasar estas rejas, hemos renunciado por siempre a todo afecto particular.

Maestra. — ¿Es que va a ser pecado dar un poco de amor a esta desvalida?

Vicaria. — Para nosotras, sí. Nuestro Amado es celoso: la Escritura lo dice.

Maestra. — ¡Válgame Dios!

Vicaria. — Esto, aparte de otras perturbaciones de orden exterior, que traen consigo estas turbulencias. Ejemplo al canto: vuestras reverencias, yo la primera, no se dan cuenta de que en este instante faltamos a la regla. Estamos con el rostro descubierto delante de un hombre.

Priora. — ¡Es verdad!

Médico. — Señoras, por mí. . .

Priora. — Como si no lo fuera. . . Usted perdone, don José; no sé lo que me digo. Tiene razón su reverencia. Cúbranse. . . es decir, ya no importa. . . por una vez. . . ya



BOTTICELLI



BOTTICELLI

que está hecho el daño... En fin, hagan ustedes lo que les parezca. *La Madre Crucifixión se cubre; las demás, no.* Y a ver en qué quedamos; yo confieso que el corazón me pide quedarme con la niña.

VICARIA. — Pero... el doctor lo ha dicho, no tenemos derecho a ser madres.

MAESTRA. — Pero la criatura es hija de Dios, y a casa de su Padre ha venido.

VICARIA. — Dios tiene otras casas de par en par para sus hijos abandonados.

SOR JUANA. — ¡No no; a la Inclusa, no!

SOR SAGRARIO. — ¡Eso nunca!

PRIORA. — ¡Su madre me lo pide!

VICARIA. — ¡Su madre no es su madre, puesto que la abandona!

PRIORA. — No la abandona: la pone en brazos que le parecen más dignos que los suyos.

VICARIA. — ¡Egoísmo!

MAESTRA. — ¡Heroísmo, digo yo!

VICARIA. — ¡Frasecitas tenemos! ¡Ay, Madre Maestra, la vida no es un folletín!

MAESTRA. — Para algunas mujeres es una historia demasiado triste.

VICARIA. — Nosotras no debemos saber de eso, ya que, por la gracia de Dios, estamos fuera de las tormentas del mundo.

MAESTRA. — Por lo mismo, debemos compasión a las que se ahogan.

VICARIA. — ¡Sensiblería!

MAESTRA. — ¡Caridad!

PRIORA. — ¡Silencio! No empecemos por faltar a ella agraviándonos unas a otras... Don José, ¿hay que dar parte?

MÉDICO. — Sí, señora; al Juzgado.

SOR JUANA. — ¿Y se la llevarán?

MÉDICO. — Si alguien no la pide... En fin, si ustedes se deciden a quedarse con ella, yo propondría un medio.

PRIORA. — ¿Legal?

MÉDICO. — Legal. Por la gracia de Dios, yo también soy soltero, y aunque no ciertamente santo, no puedo atribuirme el mérito de haber aumentado en un solo individuo la población total de España. No tengo una peseta, pero poseo, como cada quisque, mis cuatro apellidos. A la disposición de la chiquilla están; con eso servirán de algo, y ya que no tiene padre ni madre, tendrá nombre honrado...

PRIORA. — Es decir, que usted está dispuesto...

MÉDICO. — A adoptarla, sí... y a entregársela a ustedes de pupila, porque a mi casa... la verdad, las manos de mi doña Cecilia son demasiado rudas para manejar muñecos de *biscuit*. Ya ve usted si yo tengo los huesos duros, y me duelen siempre que se le ocurre cepillarme el gabán cuando salgo a la calle.

TODAS. — ¡Ja, ja, ja!



LUCA DE LA ROBBIA

Médico. — Aquí, Sor Crucifixión, que tiene tan buen arte para vestir santitos.

Vicaria. — ¡Quite, quite!

Médico. — ¿Hecho?

Priora. — ¡Dios se lo pague a usted! Sí, sí, a pesar de todo... ya lo arreglaremos con los superiores... no hace falta precisamente que la niña viva dentro de la clausura... puede quedarse con la demandadera hasta que cumpla los siete años, y entrar aquí cuando haga falta. La cuidaremos... es cargo de conciencia.

Médico. — Siendo así, yo me marcho. Voy al registro.

Priora. — Haga la caridad, al salir, de decir a la demandadera que entre: hay que saber si puede encargarse y quiere darle el pecho... y dígale también que se traiga unos cuantos pañales de su hijo.

Sor Juana. — Sí, sí, que hay que mudarla en seguida.

Sor Sagrario. — *Inocentemente.* ¿Por qué?

Sor Juana. — Porque... hay que mudarla.

Médico. — Muy buenos días, señoras.

Todas. — Muy buenos, don José.

Sale el Médico. Pausa.

Priora. — Hermanas: el Señor nos perdone si en todo esto hay algo que no lleve la suficiente pureza de intención. Espero que su gracia nos libre de ofenderle aficionando demasiado el corazón a cosa creada. La niña vivirá a nuestra sombra, ya que puede decirse que su ángel de la

guarda la trajo a nuestras manos. Todas somos desde hoy responsables de la salvación de su alma. El Señor nos da un ángel, y debemos devolverle una santa. ¿No lo olvidarán?

Todas. — No, señora Madre.

Priora. — Y ahora, acérquemela, Sor Juana, que puede decirse que no la he visto. *Mirando a la niña.* ¡Inocente de Dios! Dormida tan tranquila en su cesta, como si estuviese en una cuna de oro. ¿Qué verán los niños cuando duermen que ponen esta cara de paz?

Sor Juana. — ¡Verán a Dios y a la Virgen María!

Sor María Jesús. — Puede que el ángel de la guarda les esté contando algo del cielo.

Priora.— No lo sé; pero sí que da respeto ver a un niño dormido.

Sor María Jesús. — Y ganas de ser santa, ¿verdad, Madre?

Sor Sagrario. — Reverenda Madre, ¿me da su reverencia permiso para darle un beso?

Sor María Jesús. — ¡Ay, no, que todavía no está bautizada, y a los niños moritos no se les besa!

Priora. — Cierto que hay que avisar al señor Capellán para el bautizo.

Maestra. — ¿Cómo la llamaremos?

Inés. — Teresa, como la reverenda Madre.

Tornera. — María del Milagro.



SOR SAGRARIO. — Bienvenida.

Una de las monjas toca la campana.

PRIORA. — Llaman a coro; después decidiremos. . . ¡Vamos allá!

Las monjas desfilan, mirando a la niña.

Quédese con ella, Sor Juana de la Cruz, ya que entiende de niños, hasta que venga la demandadera. Desde aquí puede seguir el rezo, pero no se distraiga.

Las monjas salen todas. Sor Juana coloca la cesta en el suelo, y se arrodilla delante de ella. Se oye dentro el rezo, que guía una sola monja, y al cual contestan todas las demás, incluso Sor Juana de la Cruz. Mientras habla dentro la monja que guía el rezo, Sor Juana de la Cruz habla con la niña; luego contesta al rezo al mismo tiempo que las demás.

VOZ DENTRO. — In nomine Patri et Filio et Spiritui Sancto.

Sor Juana se santigua, y dice con las demás monjas:

VOCES DENTRO Y SOR JUANA. — ¡Amén!

SOR JUANA. — *A la niña.* ¡Qué bonita eres, chiquilla, rica!

VOZ DENTRO. — Deus in adjutorium meum intende.

SOR JUANA Y VOCES. — Domine, ad adjuvandum me festina.

SOR JUANA. — *A la niña.* ¿Me vas tú a querer mucho, corazón?

VOZ DENTRO. — Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.

VOCES DENTRO Y SOR JUANA. — Sicut erat in principio et nunc et semper et in sœcula sœculorum. Amén. Alleluia.

VOZ DENTRO. — Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis.

VOCES DENTRO Y SOR JUANA. — Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.

SOR JUANA. — *A la niña.* ¿Verdad que sí, preciosa, vida mía? ¡Ay, que abre los ojos! . . .

VOZ DENTRO. — Virgam virtutis tuae emittet Dominus ex Sion: dominare in medio inimicorum tuorum.

VOCES DENTRO. — Tecum principium in die virtutis tuæ in explendoribus sanctorum ex útero ante luciferum genui te.

Pero esta vez Sor Juana de la Cruz ya no responde, sino que, inclinándose sobre la cesta, abraza a la niña apasionadamente y dice:

SOR JUANA. — ¡Vida, vidita! ¿a quién quieres tú?

CAE EL TELÓN



MINO DE FIÉSOLE



INTERMEDIO





EL POETA

Habéis venido aquí para escuchar un cuento,
y os han hecho saltar las tapias de un convento.
¡Atrevimiento insigne! ¡Casi profanación!
Mas ¿qué no hará un poeta por buscar la emoción?
Perdonadle, monjitas, el que se haya atrevido
a turbar la serena quietud de vuestro nido,
encendiendo en la paz de este huerto cerrado
el fuego del amor a que habéis renunciado.
No, no frunzáis el ceño porque haya dicho: ¡amor!
Habéis de saber, castas esposas del Señor,
que lo que habéis creído clemencia y caridad,
el gesto de adopción que hizo vuestra piedad,
la caricia invencible y la canción de cuna
para la hija de nadie que os trajo la fortuna,
no fueron sino llama de amor, de esa divina
pasión que está en la entraña del alma femenina.

¡Ay, amor de mujer que así nos ilusionas,
a quien tanto ofendemos y que tanto perdonas!
¿De dónde te ha venido tu excelsa caridad?
¡De que, sencillamente, eres maternidad!
Sí; todos somos hijos, mujer, para tus brazos.
Tu corazón es pan que nos das en pedazos,
como niños nos diste las mieles de tu pecho.
Siempre es calor de cuna el calor de tu lecho,
aunque lo prostituya nuestra carne villana.
¡Madre si eres amante, madre si eres hermana,
madre por pura esencia y madre a todas horas,
si con nosotros ríes, si por nosotros lloras,
ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro del corazón lleva a un hijo dormido!

Y así, por ser mujeres, monjitas, sois amantes;
y a pesar del escudo cerrado por diamantes
de la virginidad, que guarda vuestras rosas,
habéis sabido ser madres, sin ser esposas.
Y en esta hija de todas habéis puesto la miel
de todo vuestro intacto panal, y había en él
tanto fuego de sol, tanta fragancia y tales
mal dormidos impulsos de besos maternales,
que está toda su carne saturada de amores
y su corazón es nido de ruiseñores.



BOTTICELLI



BELLINI

Y, cien veces mujer, la que debió ser santa,
mientras sus madres rezan en el coro, ella canta
y desata el sonoro cascabel de su risa.
Las mañanas de mayo se olvida de ir a misa,
porque ¡huelen tan bien los rosales del huerto!
No comprende a las santas que se van al desierto;
— ¡ella quiere al cielo en dulce compañía! —
y sueña ante el altar de la Virgen María
con un chiquillo más rubio que las candelas,
que a ella le diga: ¡madre!, y a las monjas: ¡abuelas!
Un muñeco llorón y tozudo, que luego
será un hombre valiente, con el alma de fuego,
que conquistará mundos y redimirá agravios
con la ley en el pecho y la risa en los labios. . .
Coge en brazos al gato y le llama: ¡Hijo mío!
Las monjas se hacen cruces ante tal desvarío.
— ¡Esta niña está loca! — dicen con voz severa. . .
Mas ello es que en el claustro entró la primavera.

Este es el cuento en suma. El poeta querría
habérosle sabido contar día por día
con toda su emoción; mas fuera empeño vano.
¡Quién hará la comedia del vivir cotidiano!
La vida va tejiéndose con ritmo tan igual,
corre tan clara el agua, es tan limpio el cristal,

que el tiempo se ha dormido en la quietud fragante:
¡quién sabe si pasó un siglo o un instante!
Sigue girando el torno hecho devanadera.
¿Qué más da, si los rizos de la hermana tornera,
habiendo sido de oro, en plata se trocaron?
Las tocas no lo dicen, y si se marchitaron
claveles en mejillas y azucenas en frentes,
como aquí no hay espejos, las vírgenes prudentes
pueden creer que siempre es mayo en su jardín.

De estas horas que va midiendo un serafín
en el tiempo sin tiempo, el poeta ha elegido
aquella en que encontró más caricia de nido,
más suavidad de incienso, más luz de amanecer.
Han pasado los años y la niña es mujer.
El telón se descorre sobre una vida en flor.
El cuento va por un capítulo de amor.
Era una dulce tarde en el mes de María;
las monjas suspiraban y su hija les decía. . .



ACTO SEGUNDO



LORENZO DE CREDI



Locutorio de un convento. — Al fondo, reja con doble enrejado. — Sobre la reja, cortina de estameña negra. — Detrás de la reja, habitación encalada, que es el locutorio exterior: tendrá ventanas al jardín, que se abrirán cuando indique el diálogo, dando gran claridad. — Algunos cuadros de santos, al óleo, viejos, con marcos negros. — Crucifijo de talla o gran cruz de madera negra. — Ventanas altas, también con cortinas negras que puedan interceptar la luz por completo. — Una mesa de pino, un sillón de talla, dos sillas altas y todas las pequeñas que hagan falta para la costura; algún banco.

Al levantarse el telón están en escena la Priora, la Maestra de Novicias, la Hermana Inés, la Tornera, Sor Sagrario, Sor Juana de la Cruz, Sor Marcela, Sor María Jesús y alguna monja más. Todas están cosiendo, menos Sor María Jesús, que lee y está en pie. Por los bancos y en la mesa está un ajuar de novia adornado con encajes y cintas de seda azul. — En el centro de la habitación un baúl completamente nuevo, cuyas bandejas estarán por los bancos y en el suelo.

Para caracterizarse las actrices tendrán en cuenta que han pasado diez y ocho años y que todas las que eran novicias, siendo ahora profesas, han de cambiar el velo blanco por otro negro.

SOR MARÍA JESÚS. — *Leyendo con bastante tonillo.* «Tesoro de paciencia. Soliloquios del alma afligida delante de Dios. . .»

SOR MARCELA. — *Suspirando.* ¡Ay!

SOR MARÍA JESÚS. — *Leyendo.* «Soliloquio primero. Ge-

midos de un alma triste sumergida en un mar de amargura. . . »

Dentro se oye la voz de Teresa, que canta alegremente.

TERESA. — *Cantando.*

Venid y vamos todas
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.
¡Con flores a María,
que Madre nuestra es!

La lectora se interrumpe, y mira sonriendo a las ventanas por donde entra la voz. Las demás monjas también sonríen con expresión complacida.

PRIORA. — *Con fingida severidad.* ¡Esa criatura siempre alborotando!

INÉS. — ¡Y en un día como éste!

SOR JUANA. — *Con embeleso.* ¡Parece una alondra!

MAESTRA. — *Con indulgencia.* ¡Los pocos años!

SOR MARCELA. — ¡Ay, Jesús mío!

PRIORA. — Siga leyendo, Sor María Jesús.

SOR MARÍA JESÚS.—*Leyendo.* «Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura. ¡Oh, mi buen Dios, sálvame, que estoy pereciendo por instantes! Casi sumer-



gida me miro en esta horrorosa tempestad. Por momentos me veo ir a fondo; como que ya no puedo ayudarme más... »

TERESA. — *Cantando.*

De tu divino rostro,
la belleza al dejar,
permíteme que vuelva
tus plantas a besar.
¡Permíteme que vuelva
tus plantas a besar!

La lectura vuelve a interrumpirse. Las monjas vuelven a sonreir.

PRIORA. — Sor Sagrario, haga la caridad de salir al huerto y decir a la niña que no cante, que estamos leyendo.

Sor Sagrario sale, después de la reverencia de costumbre.

Siga, Sor, siga...

SOR MARÍA JESÚS. — *Leyendo.* «Como que ya no puedo ayudarme más para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar... »

TERESA. — *Cantando.*

He quedado, María,
abrasada en tu amor.
Quédate adiós, señora...

La voz de Teresa se interrumpe, porque se supone que ha llegado la monja a mandarle callar; poco después se la oye reir desaforadamente.

PRIORA. — No tiene remedio. *Sonriendo.* Alegre ha nacido y alegre morirá. *A la lectora.* Siga, siga.

SOR MARCELA. — ¡Ay, Jesús de amor!

PRIORA. — Pero Sor Marcela, hija mía, ¿por qué suspira usted de ese modo? ¿Es que le duele algo?

SOR MARCELA. — No, reverenda Madre; es que servidora tiene tentaciones de melancolía.

PRIORA. — ¡Válganos el Señor! Ya sabe que no me gustan melancólicas en casa.

SOR MARCELA. — *Inclinándose.* ¡Ay, reverenda Madre, deme penitencia si peco, pero servidora no puede remediarlo!

PRIORA. — ¡Quién le habla de pecar! Salga a la huerta y tome un rato el sol, que es lo que le conviene.

SOR MARCELA. — ¡Ay, reverenda Madre, no sé qué le diga! Cuando servidora ve las flores del huerto y el cielo tan azul y el sol tan hermoso, le entra la tentación de suspirar más fuerte que nunca.

PRIORA. — Ea, pues siendo así, vuelva a su sitio y pásela por Dios; pero no se le ocurra volver a suspirar, no vaya a darme a mí la de mandarla al calabozo, para que con la sombra y una disciplina se le alivie el humor.



LUINI

SOR MARCELA. — Como su reverencia mande. *Volviendo a sentarse.* ¡Ay, Jesús mío!

La Priora levanta con resignación los ojos al cielo.

UNA MONJA. — ¡Ay, Virgen Santísima!

OTRA. — ¡Ay, San José bendito!

PRIORA. — *Con un poco de impaciencia.* ¿Contagio tenemos? No nos falta otra cosa sino que se me pongan a suspirar en coro. Recuerden que hay que servir a Dios con alegría, «in hymnis et cánticis», y que el gozo espiritual es el segundo de los frutos del Espíritu Santo, y no le hay más excelso, a no ser el amor, del cual procede.

Pausa. Sor María Jesús vuelve a abrir el libro, y sin esperar la señal de la Priora, comienza a leer.

SOR MARÍA JESÚS. — *Leyendo.* «Para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar se revuelven sobre mí para anegarme. . . »

PRIORA. — ¡Cierre ese libro, Sor María Jesús, que también el bendito padre que lo escribió tenía el humor melancólico!

Sor María Jesús cierra el libro, hace una reverencia y se sienta a coser. Aparece en la puerta de la derecha la Madre Vicaria, solemnemente acompañada por dos celadoras.

VICARIA. — *Muy emocionada.* ¡Ave María Purísima!

PRIORA. — Sin pecado concebida.

VICARIA. — ¿Da su licencia, reverenda Madre?

PRIORA. — Pase. Si no me engaño, viene su reverencia un tanto alterada.

VICARIA. — No se engaña, no, reverenda Madre, y me atrevo a decir que no es el caso para menos. Su reverencia juzgará si es que da licencia para proclamar «ipso facto» a una de nuestras hermanas.

PRIORA. — Hable, si es que el saberse en público la falta no ha de ser motivo de grave escándalo.

VICARIA. — En la humilde opinión de servidora, puede por esta vez arrostrarse el escándalo, mirando al remedio de la culpa.

PRIORA. — Diga, entonces.

VICARIA. — *Inclinándose profundamente.* Obedezco. Es ello, reverenda Madre, que haciendo con estas dos hermanas Celadoras la visita de celdas que su reverencia se sirvió encomendarme, y llegando a la de Sor Marcela, encontré entre las tablas de la tarima, ocultación con que bien a las claras ella misma proclama su delito, un objeto que jamás debiera hallarse en manos de una religiosa modesta, un objeto que, pasando por alto el pecado contra la santa pobreza que supone la posesión particular y oculta de cosa ninguna, en sí mismo es raíz de perdición y origen de infinitos deslices.

PRIORA. — Acabe, Madre, acabe, que nos tiene en un ¡ay! ¿Qué objeto es ese?



ESCUELA FLAMENCA

VICARIA. — *A una celadora.* Muéstrelo, hermana.

La celadora se inclina y saca de la manga un pedazo de cristal azogado.

PRIORA. — ¡Un pedazo de espejo!

VICARIA. — Justamente, ¡un pedazo de espejo!

Silencio aterrado de la Comunidad.

PRIORA. — ¿Qué dice a esto, Sor Marcela?

SOR MARCELA. — *Sale de la fila y se arrodilla delante de la Priora.* Madre, digo mi culpa y pido perdón.

PRIORA. — Levántese. *Sor Marcela se levanta.* Pero, desdichada, ¿para qué le sirve este pedazo de cristal?

VICARIA. — Tal vez para mirarse y recrearse en su hermosura, ofendiendo al Señor con sentimientos de vanagloria.

SOR MARCELA. — *Con humildad.* No, reverenda Madre; no, señora.

VICARIA. — O para acicalarse y componerse y ensayar muecas y visajes de los que se acostumbran en el siglo.

La Vicaria, que ha cogido el espejo, se mira en él ligeramente.

SOR MARCELA. — No, reverenda Madre.

PRIORA. — ¿Para qué, entonces?

SOR MARCELA. — Para nada, reverenda Madre.

PRIORA. — ¿Cómo para nada?

SOR MARCELA. — Servidora quiere decir que para nada malo. Al revés.

Vicaria. — Ahora va a ser virtud en una religiosa guardar un espejito.

Sor Marcela. — No, reverenda Madre, no es virtud; pero ya saben sus reverencias que servidora tiene tentaciones de melancolía.

Vicaria. — Ya, ya...

Sor Marcela. — Y cuando a servidora le aprietan demasiado, le dan ideas de subirse a los árboles, y de trepar por las paredes, y de saltar las tapias de la huerta, y de tirarse al agua del estanque; y como servidora comprende que no están bien en una religiosa esas... esas...

Vicaria. — Esas extravagancias.

Sor Marcela. — Servidora coge un rayo de sol en el espejo, y le pasea por entre las ramas, y por el techo de la celda, y por las paredes de enfrente, y con eso se consuela, pensando que es una mariposa o un pájaro, y que va donde al pensamiento se le antoja.

Vicaria. — ¡Ya le daría yo antojitos a ese pensamiento!

Priora. — Está bien.

Sor Marcela se arrodilla.

Por esta culpa, que, sin llegar a grave, pasa de media, con arreglo a nuestras constituciones, le doy por penitencia que antes de retirarse esta noche rece en su celda cuatro veces el salmo «Quam dilecta». Levántese y vaya a su sitio.

Sor Marcela obedece; pero antes de sentarse hace una inclinación a cada una de las monjas.



BELLINI



BOTTICELLI (?)

Retírense.

Las celadoras se retiran. Suenan tres golpecitos en la puerta: es Teresa, que llega y llama.

TERESA. — ¡Ave María Purísima!

PRIORA. — Sin pecado concebida.

TERESA. — ¿Se puede entrar?

PRIORA. — Entra.

Entra Teresa. Diez y ocho años; muy linda, muy alegre y nada mística. Va sencillamente vestida de negro, con delantal blanco. Puede llevar alguna flor prendida en el pelo, pero irá modestamente peinada con una trenza que le rodea la cabeza, sin crepés ni rizados.

¿De dónde vienes tan sofocada?

TERESA. — *Ha de hablar siempre con suma sencillez.* De arreglar el altar de la Virgen.

PRIORA. — ¿Y eso te ha sofocado tanto?

TERESA. — No, Madre; es que como quería que hoy quedase el altar todo de blanco, y flor blanca pequeña había poca, me he tenido que subir a cortar unas ramas de acacia.

MAESTRA. — ¿A un árbol te has subido?

TERESA. — A dos, porque con la flor de uno no había bastante.

MAESTRA. — ¡Jesús!

VICARIA. — ¡Ave María!

Teresa. — ¡Si supieran ustedes la tierra que se ve desde lo alto de la acacia grande!

A Sor Marcela se le agrandan los ojos de deseo.

Vicaria. — ¡Niña, estás dejada de la mano de Dios!

Sor Juana. — ¡Para haberte caído! No quiero pensarlo.

Teresa. — ¡Quiá! No, señora. Si me tengo subido cien veces. . .

Priora. — Pues no te vuelvas a subir más.

Maestra. — *Con tristeza.* ¡Ya no hay que prohibírselo!

Priora. — *Con tristeza.* ¡Es verdad!

Inés. — El último día que adornas el altar.

Sor Juana. — ¡El último!

Teresa. — ¡Ay, Madres, no se pongan ustedes tristes!

Vicaria. — Seremos como tú, que parece mentira. Siendo el día que es, te lo pasas riendo y cantando como una loca.

Priora. — La Madre dice bien: en este día, hijita, no hubiese estado de más un poco de recogimiento.

Teresa. — Sí, señoras Madres, tienen ustedes muchísima razón, razón que les rebosa por encima de todas esas tocas venerables; pero cuando tiene una gana de reir, tiene una gana de reir, aunque sea, como dice sor Ana de San Francisco, el día más solemne de la vida.

Maestra. — ¡Y tan solemne! Hoy sales de esta casa, donde has vivido diez y ocho años, sin darte apenas cuenta de que vivías. Mañana ya eres dueña de la tuya,



BELLINI

y llevas sobre la conciencia las responsabilidades de mujer casada.

VICARIA. — Que no son leves. Los hombres son exigentes, veleidosos, egoístas. . .

TERESA. — *Tímidamente.* Antonio es muy bueno.

VICARIA. — Por buenos que sean, están acostumbrados a mandar desde que el mundo es mundo, y eso imprime carácter. Y como tú eres muy independiente y te gusta también hacer tu voluntad. . .

TERESA. — Sí que estoy mal criada, pero ya verá usted como todo se arregla.

SOR JUANA. — A ver si ahora le vamos a amargar el día.

TERESA. — No, Madre. . . no. . . si estoy muy contenta. Son ustedes tan buenas para mí. . .

VICARIA. — Eso es lo de menos.

TERESA. — ¡Es lo de más! Claro que ésta es la casa de Dios; pero ustedes pudieron cerrarme la puerta, y me la abrieron tan de par en par, que diez y ocho años llevo aquí dentro, y hasta ahora que la voy a dejar, no me he dado cuenta de que vivía en ella de limosna.

SOR JUANA. — ¡No digas eso!

TERESA. — ¡Pues ya lo creo que lo digo! De limosna, de caridad, como una pobrecita. ¡Si no me da pena decirlo, ni pensarlo! Si he sido más feliz ¡y lo soy! que puedan serlo las hijas de los reyes. Si de cariño que le tengo a todo, me entran ganas de besar las paredes y de abrazarme con los

árboles, porque hasta las paredes y los árboles han sido buenos para mí. ¡Ay, mi convento de mi corazón!

Sor Marcela. — ¡Tu convento! ¡Si te hubieras quedado siempre en él!

Priora. — No hay que hablar de eso. La Providencia tiene muchos caminos.

Maestra. — Y en todos los estados se puede servir a Dios.

Vicaria. — No ha nacido la niña para religiosa. Le tiene demasiado apego a las cosas del mundo.

Teresa. — Es verdad. Me tira la tierra, ¡pobre de mí! ¡Me parece que todo me quiere y que todo me llama! ¡Tan feliz dentro de estas paredes, y siempre pensando en que el mundo es tan grande! Cada vez que he salido a la calle, me daba unos saltos el corazón, como si se me hubiera vuelto loco... Verdad es que después me daba una alegría volver a casa... ¡Una alegría rara, como si me cogieran en brazos o me arropasen con unas alas grandes!

Vicaria. — Las de tu ángel, que te estaba esperando en la puerta.

Priora. — ¿Por qué la había de esperar? Su ángel ha ido siempre con ella, y de seguro no ha tenido nunca que volver los ojos a otra parte, ¿verdad, hija?

Teresa. — *Con sinceridad.* ¡Verdad, Madre!

Sor Juana. — ¡No faltaba otra cosa!

Sor María Jesús. — *Levantándose.* Ya están los lazos de los cubrecorsés. ¿Se cosen o se prenden?



Inés. — Mejor será coserlos, digo yo.

Sor María Jesús. — ¿En medio?

Maestra. — Claro está.

Sor María Jesús. — Lo digo, porque en el figurín vienen a un lado.

Maestra. — *Inclinándose con Sor María Jesús y la Hermana Inés a ver los figurines.* ¿A ver? ¡Pues es verdad!

Inés. — ¡Cosa más rara! ¡Pero hacen bonitos!

Maestra. — Es una extravagancia.

Sor María Jesús. — ¿Qué le parece, Madre Crucifixión?

Vicaria. — A mí no me pregunten, que no entiendo ni quiero entender. Todo eso son pompas y vanidades, cosa del diablo, que dicen que se encierra con las modistas de París para aconsejarlas en sus desvaríos... ¡Quítenme, quítenme de delante ese papelucho, que nunca debiera haber entrado en esta santa casa!

Sor Marcela. — ¡Ay, Madre! Había que ver la moda.

Vicaria. — ¡La moda, la moda! En el purgatorio les darán la que más se lleve.

Sor María Jesús. — ¿Había de ir la niña a casarse vestida como en el año de la Nanita?

Vicaria. — Con el corazón puro y la intención limpia, es con lo que ha de ir, que lazo más o menos no le ha de ganar el corazón de su esposo.

Sor Marcela. — Dicen que los hombres reparan mucho en estas cosas, Madre Crucifixión.

SOR MARÍA JESÚS. — Y que hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

VICARIA. — Bachillerías no nos faltan.

INÉS. — Alárgueme acá esas tijeras, que voy a cortar un remate.

SOR JUANA. — Creo que ya se puede meter todo en el baúl.

PRIORA. — Sí, sí, que luego va a venir el carro a buscarlo.

Teresa se arrodilla en el suelo, delante del baúl. Las monjas le van dando las prendas de ropa que cogen de la mesa y de los bancos.

INÉS. — Aquí están las camisas.

SOR MARCELA. — Las enaguas de encaje.

SOR JUANA. — Póngalas en esa otra bandeja, que no se arruguen.

INÉS. — ¡Ay, Jesús, qué frunce tan mal rayado! ¿Quién habrá sido la chapucera?

MAESTRA. — Pues no digamos nada de la que haya planchado estos volantes. Más valía volverlos a mojar.

TERESA. — ¡Pero si están perfectamente! ¡Traiga, traiga! De sobra.

PRIORA. — ¿Falta algo?

SOR MARCELA. — Los pañuelos.

SOR JUANA. — Los paños de peines.

VICARIA. — Ahí están los pedazos que sobran de las tiras bordadas. Llévalos por si alguna se te rompe.



CRIVELLI



MANTEGNA

MAESTRA. — Y los figurines, que luego te pueden hacer falta.

INÉS. — Toma este saquito, hija mía. Va lleno de tomillo y cantueso y cáscara de lima. Verás que buen olor le da a la ropa.

SOR MARCELA. — ¡Como que no tendrá ella luego perfumes mejores!

SOR MARÍA JESÚS. — ¡Y de los caros!

INÉS. — De los caros, puede; pero mejores, no, que éstas son hierbas que ha hecho Dios y huelen a limpio y a buena conciencia. Todos los armarios de la sacristía tengo yo perfumados con esto, y da gloria oler la ropa de altar.

TERESA. — Creo que ya está todo.

PRIORA. — Todo. Echa bien la llave. ¿Irá seguro? Y ahora cuélgatela al cuello con los escapularios, que para eso tiene su cinta, y no la vayas a perder, que es cerradura inglesa y no abre otra.

TERESA. — No, Madre, no.

VICARIA. — Milagrito será, con la cabeza a pájaros que tienes.

SOR JUANA. — Ahora la sentará con los cuidados que caen sobre ella.

MAESTRA. — ¿Estás contenta?

TERESA. — Contenta es poco, Madre. No merezco lo que hacen por mí.

VICARIA. — Sí, lo mereces; lo mismo hay que decir una

cosa que otra. Tienes buen corazón y eres mujer de juicio. Y si lo dices por la ropa, no tengas escrúpulos: todo lo que llevas, y más, te lo has ganado con tu trabajo; esa es la verdad, bien lo sabes. Claro que aquí se te ha enseñado a coser y a bordar, pero tú has trabajado para casa y para fuera. No nos debes nada, porque, además, para comprar las telas tenías las doscientas cincuenta pesetas que te ha dado el señor doctor. *Sacando un papel de debajo del escapulario.* Por cierto que aquí tienes la relación de cómo se han gastado, para que puedas responder de ellas, ya que a nosotras, por delicadeza, no ha de querernos preguntar en qué las empleamos.

TERESA. — *Confusa.* ¡Qué cosas tiene usted, Madre Crucifixión!

VICARIA. — Las cuentas claras.

Teresa coge el papel y le guarda, después de doblarle cuidadosamente.

PRIORA. — *A las monjas que estaban trabajando.* Llévense la mesa y recojan todo esto.

TERESA. — Deje, Madre, deje; ya lo recogeré yo.

La Priora hace una señal, y salen todas las monjas, menos ella, Sor Juana de la Cruz, la Vicaria y la Maestra de novicias.

PRIORA. — *A Teresa.* ¿A qué hora te marchas?

TERESA. — A las cinco me viene a buscar mi padrino; pero me ha dicho... Antonio que antes de que me vaya



DONATELLO

quisiera verlas a ustedes todas para darles las gracias por la alhaja que le han criado.

PRIORA. — También nosotras tendremos mucho gusto en verle a él.

VICARIA. — Con gusto o sin gusto, que eso es lo de menos, tenemos obligación. No se te va a llevar de casa como un bandolero, sin que le veamos la cara.

TERESA. — En cuanto llegue les avisaré a ustedes.

Salen la Priora, la Vicaria y la Maestra de Novicias. Teresa y Sor Juana de la Cruz se quedan ordenando y recogiendo todos los papeles y recortes que se han quedado por los bancos y el suelo. No dicen nada; pero, de pronto, Teresa se arrodilla delante de la monja.

Sor Juana. . .

SOR JUANA. — ¿Qué quieres, hija?

TERESA. — Ahora que estamos solas, bendígame usted aparte de todas, más que ninguna, porque es usted mi Madre más que todas juntas.

SOR JUANA. — Levántate. No digas eso: en la casa de Dios todas somos iguales.

TERESA. — Pero en mi corazón es usted la primera. No se ponga usted seria porque se lo digo; ¡qué le vamos a hacer! ¿Usted qué culpa tiene de que yo, a fuerza de darle guerra, le haya tomado a usted este cariñazo?

SOR JUANA. — Sí que has sido guerrera, sí, y alborota-

dora; pero es porque tenías buena salud: cuando un chiquillo se calla y se está quieto, señal de que está enfermo o pensando algo malo, y lo que es tú...

TERESA. — ¡Ay, Madre! ¿De dónde habré venido yo?

SOR JUANA. — Hija, del cielo, como todo el mundo.

TERESA. — ¿Usted cree que venimos del cielo?

SOR JUANA. — Por lo menos, tú para mí viniste. Dices que soy tu madre más que las otras... no lo sé; puede, pero tú sí que has sido toda mi alegría.

TERESA. — ¡Madre!

SOR JUANA. — Y me da un gozo oirte reir y verte correr por esos claustros... Ya ves qué tontería; no ahora que eres ya una mujer, sino siempre me ha parecido que tú eras yo. Los años que tú ahora, poco más o menos, tenía yo cuando tú llegaste: pues como si hubiera vuelto a ser criatura y a empezar a vivir. Tú eres enredadora: si vieras cómo lo era yo también... antes de entrar aquí, claro está, en mi casa, en el pueblo. Siempre estaba como unas castañuelas, y eso que éramos pobres, pobres. Mi madre se iba a lavar al río, o a asistir a las casas, y, como tenía tantos críos, siempre andaba yo con alguno en brazos. Y cuando entré aquí, que pude entrar gracias a unas señoras que me buscaron la dote, ¡Dios se lo pague!, aunque tenía vocación de verdad, ¡me daba una tristeza acordarme de mis hermanos! Como que lloraba a escondites y no podía atravesar bocado, y la madre me dijo que, si no desechaba la melan-



BELLINI



GIORGIONE

colía, tendrían que mandarme a mi casa; pues llegaste tú, y se me olvidó todo. Por eso digo que viniste del cielo. Y no creas, que algunas veces me da remordimiento quererte.

Teresa. — ¡Por eso me riñe usted tanto!

Sor Juana. — ¿Cuándo te riño yo?

Teresa. — A todas horas; pero no me importa. ¡A Antonio se lo he dicho más veces! Sor Juana de la Cruz es mi madre, mi madre, mi madre... ¡Como que ya la llama a usted suegra siempre que hablamos!

Sor Juana. — Hija, ¿serás feliz con él?

Teresa. — Ya lo creo que sí. ¡Si es más bueno, más bueno y más alegre! Y dice que no sabe de dónde le viene la alegría, porque su padre que esté en gloria dice que era más serio que un sauce, y su madre, la pobre señora, hasta cuando le pasa algo bueno, suspira. ¿Cómo se habrá arreglado la buena señora para sacar ese hijo? Será que las madres tristes tienen hijos alegres. ¿A usted, qué le parece?

Sor Juana. — Yo qué sé.

Teresa. — Sí debe ser verdad. Así es que el primero que yo tenga va a ser... ¿Cuál será el oficio más serio del mundo? No; el primero tiene que ser arquitecto, como su padre; pero el segundo puede ser misionero y marcharse a China a convertir infieles. ¡Mire usted que tener un hijo santo! ¡Menudo tono me iba a dar yo en el cielo y menuda

influencia iba a ser la mía! ¡Vaya usted preparando milagros que pedir, que vamos a tener la sartén por el mango!

Sor Juana. — ¡Qué loca estás!

Teresa. — ¡Sí, loca! Usted, cuando era chica, ¿no ha tenido usted nunca pena por no ser hombre? Yo sí, porque pensaba que quisiera ser esto y lo otro y lo de más allá; ¡qué sé yo! ¡capitán general, arzobispo, hasta Papa! ¡Y me daba rabia, sólo por ser mujer, no servir siquiera para monaguillo! Pero ahora, desde. . . bueno, desde que quiero a Antonio y él me quiere a mí, no me importa; porque si yo soy una pobre ignorante, él es un sabio, y si yo valgo poco, él vale mucho, y si yo tengo que estarme en mi rincón, él puede llegar donde llegue el más alto, y en vez de darme envidia, ¡me da un gusto! . . . ¡Ay, Sor Juana. . . cuando quiere una de veras a un hombre, qué humilde se vuelve!

Sor Juana. — ¿Tanto le quieres tú?

Teresa. — ¡Más que a mi vida! Es poco. Será un pecado grande, pero a usted se lo puedo decir. ¿Cree usted que en el cielo se encuentra uno a las personas que ha querido en la tierra? Porque si yo no me le encuentro a él para seguir queriéndole lo mismo, más que ahora. . .

Sor Juana. — *Interrumpiéndola.* ¡Calla, calla, no vayas a decir un desatino!

Teresa. — ¡Ay, Sor Juana, qué bueno es querer!

Sor Juana. — ¿Y él te quiere a ti tanto?



TERESA. — Sí, me quiere... tanto, no sé. ¡Pero no me importa, porque el caso es quererle yo a él! No crea usted, que algunas veces, pocas, he pensado: ¿dejará de quererme alguna vez? Y sí me daba pena; pero si llegase a pensar que algún día pudiera yo dejar de quererle a él... ¡no! más vale morirse; porque, ¿de qué le serviría a una la vida?

SOR JUANA. — ¡Ay, hija, por el amor de Dios!

TERESA. — ¡La vida! ¿Sabe usted cómo la quisiera pasar yo toda? Sentada en el suelo, a sus pies, mirándole a los ojos y oyéndole hablar. ¡No sabe usted cómo habla! Sabe todo, todo lo que hay que saber en el mundo, y ¡dice unas cosas!... Las que tiene una dentro del corazón, y no puede decir porque no sabe. Pero, aunque no dijera nada, aunque hablase una lengua que una no entendiera, porque es la voz, yo no me sé explicar, pero es la voz... Una voz que parece que le está hablando a una desde que ha nacido, que no se oye por los oídos, sino por todo el cuerpo, como el aire que huele muy bien en el huerto a árbol del paraíso. ¡Ay, madre! El primer día que me dijo: ¡Teresa!, ya ve usted qué cosa tan sencilla, mi nombre, Teresa... pues me pareció que no me había llamado nadie nunca, y cuando se marchó, venía yo por la calle diciéndome bajito: Teresa, Teresa, Teresa... ¡Ay, Dios mío!

SOR JUANA. — Hija, me das miedo.

TERESA. — ¿De qué?

SOR JUANA. — De que quieras así. Porque el cariño

humano... digo yo... me parece que es una florecilla que se encuentra una al lado del camino, una limosna que nos hace Dios para ayudarnos a pasar la vida, porque tenemos el corazón flaco, un poquito de miel que nos pone en el pan de cada día, y sí que debemos recibirlo con gozo, pero temblando, hija, y desprendiendo un poco el corazón, porque pasa.

TERESA. — ¡No pasa!

SOR JUANA. — Puede pasar; ¿y qué te va a quedar del alma si la pones toda en ese delirio?

TERESA. — *Humilde.* No se enfade usted, Madre. Míreme usted. Si no es una desgracia; si, además, por quererle, no me he de perder.

SOR JUANA. — ¿Es buen cristiano?

TERESA. — Es muy bueno.

SOR JUANA. — ¿Pero tiene temor de Dios?

TERESA. — Un día me dijo: ¡Te quiero porque sabes rezar!... Ya ve usted. Y otro día: ¡Te tengo devoción como a cosa santa!... ¡Devoción él a mí! Cuando pienso en eso, me parece que me he vuelto más buena, que soy capaz de todo lo que haya que sufrir en el mundo porque no me la deje de tener.

SOR JUANA. — Me parece que entra alguien en el locutorio. Corre las cortinas.

Teresa, tirando de una cuerda, corre las cortinas de las dos ventanas. La parte anterior de la



PERUGINO

escena queda en sombra. La parte exterior del locutorio se ilumina fuertemente. Han entrado Antonio y una mujer, que es la Demandadera; y ésta ha abierto las ventanas. A través de la cortina de la reja se ve a Antonio; tiene unos veinticinco años y es simpático y de muy buena figura. La Demandadera se va y le deja solo.

TERESA. — *Acercándose a la monja y en voz muy baja.* Sí, es él.

SOR JUANA. — *Cogiendo la mano de Teresa.* ¡Ah! ¡Qué alto es!

TERESA. — Sí, muy alto. ¿Verdad que tiene buena figura?

SOR JUANA. — Sí... ¿Tiene el pelo blanco?

TERESA. — No, es que le da la luz... Castaño obscuro, y los ojos entre azules y verdes. ¡Lástima que a esta luz no se le vean, porque son más bonitos! Cuando habla, le echan chispas.

SOR JUANA. — ¿Cuántos años tiene?

TERESA. — Veinticinco ha cumplido.

Antonio pasea de un lado para otro.

SOR JUANA. — Parece muy vivo de genio.

TERESA. — Es que está impaciente. ¿Quiere usted que le llame y le diga que está usted aquí?

SOR JUANA. — *Retrocediendo un poco.* ¡No, no!

TERESA. — ¿Por qué? ¡Si la quiere a usted tanto! *En voz queda, acercándose a la reja.* Buenos días, Antonio.

ANTONIO. — *Mirando de un lado para otro.* ¡Teresa! ¿Dónde estás?

TERESA. — *Riéndose.* Aquí, hombre, aquí; detrás de la reja. Bien se ve que el señor no tiene costumbre de visitar monjitas.

ANTONIO. — ¿No puedes correr la cortina?

TERESA. — No, porque no estoy sola. ¿A que no aciertas quién está conmigo? Mi madre.

ANTONIO. — ¿Sor Juana de la Cruz?

TERESA. — *A la monja, con alegría, porque él ha adivinado.* ¡Lo ve usted! *A Antonio.* Sor Juana de la Cruz, precisamente. Te hemos estado viendo desde aquí, y dice que te encuentra muy buen mozo.

SOR JUANA. — ¡Jesús! ¡No haga usted caso a esta cotorra!

TERESA. — No se apure usted, Madre, que a mí también me lo parece.

ANTONIO. — Pues no me lo habías dicho nunca.

TERESA. — Es que aquí dentro, como no me ves, no me da vergüenza. Mira, tenemos que avisar que has llegado; pero antes dile a mi madre una cosa bonita, que si te estás ahí con la boca cerrada, después de las ausencias que he hecho de ti, me vas a dejar mal.

ANTONIO. — ¿Qué quieres que diga?

TERESA. — Lo que te pida el corazón.

ANTONIO. — Es que no sé si a una religiosa se le puede decir, aunque el corazón lo pida, que se la quiere mucho.



MEMLING

Teresa. — ¡Anda! Yo se lo digo lo menos un millón de veces al día.

Antonio. — Pues vayan dos millones, porque ha de saber usted, señora, que es imposible conocer a Teresa y no quererla a usted.

Teresa. — ¡Como que es un tesoro esta madre que tengo!

Sor Juana. — ¡Pobre de mí! *Con mucho rubor.* Yo también le tengo mucho afecto, señor, que también esta niña me ha enseñado a estimarle. Ella está un poco ciega, es natural. No sabe del mundo, y nosotras, ¿qué íbamos a enseñarle? Ahora se la lleva usted tan lejos... no nos la quite usted del todo.

Antonio. — Señora, yo le juro a usted que estaré siempre de rodillas ante toda la suavidad que le han puesto ustedes en el alma.

Teresa. — Si ya le he dicho a usted que es muy bueno, madre.

Sor Juana. — Que Dios les haga muy felices. Y queden con Dios, que servidora va a buscar a la Madre.

Antonio. — Pero, ¿volverá usted?

Sor Juana. — Con la Comunidad... creo que sí... Muy buenos días... Tanto gusto en haberle conocido.

Sale Sor Juana de la Cruz emocionadísima. Teresa se queda junto a la reja, sin hablar hasta que la monja desaparece.

Antonio. — Ahora ya puedes correr la cortina.

Teresa. — Un poquito, sí. *Descorre un poco la cortina.* Pero te da lo mismo, porque tú no me ves. ¿Te gusta mi madre, de veras, de veras? ¿Por qué te has puesto serio? ¿En qué piensas?

Antonio. — No sé; es una cosa extraña. Desde que estoy aquí, desde que he oído hablar a esta Madre y te siento, sin saber de seguro dónde estás, detrás de esa reja, casi me da miedo quererte; pero ¡cómo te quiero!

Teresa. — Menos mal.

Antonio. — ¿Teresa?

Teresa. — ¿Qué?

Antonio. — ¿No echarás nunca de menos esta paz?

Teresa. — ¿A tu lado?

Antonio. — Es que fuera de aquí hacemos tanto ruido inútil, y tú, ahora lo comprendo, debes ser maestra de silencio.

Teresa. — *Riendo.* ¡Maestra de silencio! ¡Si me paso la vida alborotando! Dice la Madre Crucifixión que, desde que entré yo por el torno, no ha vuelto a haber en esta santa casa lo que las Constituciones llaman silencio profundo. Lo que es que contigo no hablo mucho porque hemos estado poco tiempo juntos y todo me ha hecho falta para oirte; pero ya verás tú cuando tenga más confianza: algodones te tendrás que poner en los oídos. ¡Ay, chiquillo! Pensar que vamos a tener toda la vida para con-



MEMLING

tarnos cosas, es decir, para que tú me las cuentes a mí, porque yo, ya ves. . . Oye, ¿de verdad, de verdad, no te dará vergüenza tener una mujer tan ignorante?

ANTONIO. — ¿Ignorante o doctora?

TERESA. — Doctora yo, ¿en qué?

ANTONIO. — En una ciencia que yo no sabía y tú me has enseñado.

TERESA. — ¡Búrlate ahora!

ANTONIO. — En serio: hasta que te he encontrado a ti, no he logrado conocerme a mí mismo.

TERESA. — ¡Bah!

ANTONIO. — No te rías. ¿A ti no te parece que el alma nuestra es como un palacio?

TERESA. — Claro que sí, un castillo. Eso lo dice Santa Teresa: el alma es un castillo, el castillo interior. Y está hecho de un diamante. Y tiene siete estancias. Y en la última hay guardado un tesoro. . .

ANTONIO. — Pues en la última estancia de mi alma estaba guardado el amor que te tengo, y si no llegas tú a abrirme la puerta, me paso la vida sin enterarme.

TERESA. — Calla, calla, no digas herejías.

ANTONIO. — ¿Herejía el cariño que te tengo? ¡Si es una religión, la única para mí, chiquilla! Siete estancias dices. Yo, a duras penas, había pasado la primera; pero para encontrar tu amor las fuí corriendo todas, y no sabes las cosas buenas con que fuí tropezando. Yo era egoísta,

frío, orgulloso, sin fe, sin otras ambiciones que las materiales de pasarlo muy bien y de ser el primero en mi mundo, incapaz de sacrificio, de abnegación, de compasión desinteresada. . .

TERESA. — No, no; no eras así.

ANTONIO. — Pero vivía como si lo fuese. ¡Qué más da! El caso es que, llevado por ti, recorrí el castillo, y fuí encontrando ¡ay, entre muchísimas telarañas! la humildad, y el calor de corazón, y la misericordia, y la fe en muchas cosas santas. ¡Encontré mi dignidad más alta, la razón de mi vida, mi humanidad, Teresa, porque empecé a ser hombre cuando empecé a quererte! ¡por eso eres doctora y has sido mi maestra!

TERESA. — Ya vienen.

Teresa se aparta de la reja, después de correr la cortina. Entran las monjas silenciosamente, en fila, primero las más jóvenes y en último término la Maestra de novicias, la Vicaria y la Priora. La Priora se sienta en un sillón a la izquierda de la reja; la Vicaria y la Maestra de novicias en dos sillas a la derecha. Las demás quedan en pie formando grupo. Teresa, también en pie, se apoya en el respaldo del sillón de la Priora. Sor Juana de la Cruz se acerca a ella y la coge la mano. No han de hacer ruido al entrar ni al sentarse. Todas miran con atención



BOTTICELLI



BOTTICELLI

y curiosidad, y se sonríen unas a otras. Hay un momento de silencio.

PRIORA. — ¡Ave María Purísima!

Antonio, un poco desconcertado e intentando ver algo a través de la reja, no responde. La Priora vuelve la cabeza y sonríe a la Comunidad.

Muy buenas tardes, caballero.

ANTONIO. — Muy buenas tardes, señora o señoras mías, que en el misterio de esta reja no sé si hablo con una o con varias.

Risa discreta y queda de las monjas.

PRIORA. — *Bajo.* Corra la cortina, hermana Inés. *A Antonio.* Habla con toda la Comunidad, que tiene mucho gusto en conocerle.

ANTONIO. — Señoras: el gusto y el honor son míos, mucho mayores de lo que ustedes pueden figurarse.

INÉS. — Qué lisonjero, ¿eh?

TORNERA. — Y qué buen mozo.

INÉS. — Calle, a ver qué dice.

ANTONIO. — Hace ya mucho tiempo que deseaba visitar a ustedes; Teresa lo sabe y se lo habrá dicho.

PRIORA. — Ya, ya, cierto que sí, y le agradecemos mucho el deseo.

ANTONIO. — Pero la primera vez que vine al pueblo era Adviento, y la segunda Cuaresma, y Teresa me dijo las dos veces que no se les podía ver a ustedes.

VICARIA. — Naturalmente, en tiempo de penitencia no tenemos visitas.

ANTONIO.— Pero ahora es mes de mayo y tiempo Pascual.

MAESTRA. — Miren qué bien sabe el calendario. ¿Es muy devoto?

ANTONIO. — Sí, señora; de unas cuantas santas que todavía no están en los altares.

INÉS. — ¡Ay, santas, santas! ¡si nos lo hiciera bueno!

ANTONIO. — Dentro de cien años les quemarán a ustedes cirios y les llevarán piernecitas de cera.

TORNERA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Del reúma cree que vamos a ser abogadas!

MAESTRA. — ¿Dentro de cien años? ¿Un siglo nada menos nos da de Purgatorio?

ANTONIO. — ¡Señora, por Dios! Un siglo de vida, y derechas al coro de serafines.

PRIORA. — ¡Vaya si es bromista el señor don Antonio!

ANTONIO. — Hablo en serio. No saben ustedes, cuando me acuerdo de la muerte, la tranquilidad que me entra al pensar que tantas manos blancas han de dar para mí un empujón a la puerta del Paraíso. Porque supongo que con la familia pondrán ustedes un poco de influencia.

SOR SAGRARIO. — *Riéndose.* ¡Ay, con la familia!

VICARIA. — Todos somos hijos de Dios.

ANTONIO. — Pero yo lo seré por partida doble, como yerno de ustedes, que son sus esposas.



VICARIA. — ¡Ay, no haga broma de las cosas santas!

ANTONIO. — No, señora. Y ustedes me perdonen todas las tonterías que llevo dichas, que yo les juro a ustedes que no son más que miedo.

MAESTRA. — ¿Miedo le damos?

ANTONIO. — Sí, señora, mucho, a fuerza de respeto y de cariño. He venido aquí, turbado, como nunca lo estuve, no sé si a dar las gracias o a pedir perdón.

PRIORA. — ¿Perdón?

ANTONIO. — Sí, porque acaso soy indigno del tesoro que ustedes me entregan.

PRIORA. — Ya sabemos por el señor Doctor que es buena persona.

MAESTRA. — Y el cariño que la niña le tiene responde por usted. No había el Señor de permitir que, estando ella criada en su santo temor, fuera a prendarse de un malvado.

ANTONIO. — Malvado no lo soy, pero soy hombre, y ustedes, señoras, con toda la piedad de su alma, han estado criando una flor para el cielo. Cuando la conocí, me dijo el corazón que había tropezado con un milagro; cuando me atreví a hablarla, me entró un temblor sobrenatural; cuando le dije mi cariño, la conciencia me estaba mandando ponerme de rodillas, y ahora que llego a pedirles a ustedes mi felicidad, no sé qué prometerles en prenda de mi agradecimiento, ni cómo darles gracias por la honra que me hacen.

Vicaria. — Puede que tenga más razón de lo que piensa, señor don Antonio.

Maestra. — ¡Madre! . . .

Vicaria. — Déjenme hablar. Dice muy bien. La niña no es de esas mundanas que llevan al esposo una gran hermosura corporal. Claro, que no puede llamarse desgraciada, pero eso es todo. Tampoco lleva dote: es más pobre que nadie; pero lleva un tesoro, único que nosotras hemos podido darle, que vale mucho más que el oro y la plata, y es el temor de Dios. De ése usted nos responde, y le pedimos su palabra de que ha de respetarlo en ella y en sus hijos, si el Señor es servido de enviárselos.

Antonio. — Teresa será siempre dueña absoluta de su conciencia, y mi casa y mis hijos serán lo que ella quiera que sean. ¡Palabra de honor!

Priora. — No le pesará, que ella es mujer prudente.

Vicaria. — Y nada mojigata, que aunque, como ha dicho muy bien, la hemos criado para el cielo, nunca pensamos que hubiera de ganarlo en el claustro.

Sor María Jesús. — ¿Ahora se van muy lejos?

Antonio. — Sí, señora; es decir, ya no hay nada lejos en el mundo. La semana que viene embarcamos; yo llevo a América la dirección de una casa constructora.

Priora. — Ya, ya sabemos. . .

Antonio. — Por eso ha sido este apresuramiento. Yo no quería marcharme solo.



MARINUS



ESCUELA DE VAN EYCK

TORNERA. — ¿Se mareará la niña en el barco? Mire, que nos la cuide bien.

INÉS. — Y que, cuando esté sofocada, no la deje beber agua fría, que ella es muy loca para eso.

SOR MARCELA. — Y no vaya a olvidarse de que tiene costumbre de tomar duchas todas las primaveras.

INÉS. — Y que si toma frío y tose, beba un vaso de leche muy caliente con una cucharada de ron y mucho azúcar, que es lo único que le hace sudar.

TERESA. — Hermana, de eso ya me cuidaré yo.

INÉS. — Sí, sí, buena eres tú. No la haga usted caso, señor don Antonio, que ella se pasa de mirada, y como no le den las cosas, muriéndose ha de estar y no las pide.

PRIORA. — Vaya, no le aturdan con recomendaciones, que de sobra sabe él lo que ha de hacer.

ANTONIO. — *Sonriendo.* Mejor será que me las pongan todas en un papelito.

TORNERA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

SOR SAGRARIO. — ¿Y cuántos días llevan de barco?

ANTONIO. — Dos semanas.

SOR MARCELA. — ¡Jesús, qué eternidad! ¿Y si hay tormenta?

MAESTRA. — Lo menos otros quince días tardarán en llegar aquí las cartas.

ANTONIO. — En desembarcando pondremos un parte, y

en medio del mar otro, y con eso sabrán el mismo día por dónde andamos.

INÉS. — ¡Madre de Dios! ¿Desde en medio del mar mandan partes ahora? ¿Por dónde vienen las palabras?

TERESA. — Sueltas por el aire, como los pájaros.

INÉS. — ¡Lo que inventan los hombres! Cuando servidora estaba en el siglo, venían por alambre, y ya parecía cosa del diablo.

ANTONIO. — No crea, hermana, que será muy ajeno a tales invenciones.

INÉS. — Por sí o por no, cuando llegue el parte, bueno será rociar el papel con agua bendita.

PRIORA. — ¡Ay, hermana Inés, no sea sencilla! ¿No ve que todo es broma?

VICARIA. — Las cinco son. Ya estará al llegar tu padrino, niña.

ANTONIO. — Y yo no quiero molestar más a ustedes.

PRIORA. — No molesta, pero a las cinco tenemos que cerrar el locutorio.

ANTONIO. — Ustedes perdonen si cometo una terrible falta de etiqueta, pero quisiera pedirles un favor.

PRIORA. — Si está en nuestra mano...

ANTONIO. — Aunque al parecer han corrido ustedes una cortina, el misterio de esta reja sigue siendo misterio para mí, pecador, y no quisiera marcharme sin haberles visto a ustedes la cara. ¿Es mucho pedir?



BELLINI



BELLINI

PRIORA. — Hoy es día de dar. Corre esas cortinas, Teresa.

Teresa corre las cortinas de las ventanas, con lo cual se ilumina el locutorio.

ANTONIO. — *Inclinándose.* Señoras...

VICARIA. — ¿Qué le pareció la visión?

ANTONIO. — No la olvidaré mientras viva.

PRIORA. — Pues vaya con Dios y viva mil años. *Cogiendo de la mano a Teresa.* Y aquí tiene a la niña. Mire que se la damos con mucho amor... y hágala muy feliz.

ANTONIO. — Respondo con mi vida de su felicidad.

PRIORA. — Dios les ayude.

MAESTRA. — Teresa le dará de nuestra parte unos escapularios: regalitos de monja. No valen nada, pero están tocados en la reliquia de nuestro padre Santo Domingo. Guárdelos en recuerdo de este día.

ANTONIO. — Los guardaré. Señoras, hasta pronto. No me olviden ustedes en sus oraciones.

VICARIA. — Y usted no se olvide de rezarlas por su cuenta de cuando en cuando, que en el camino de la salvación todo el mundo puede servirnos de ayuda, pero el primer paso le hemos de dar solitos. Vaya con Dios.

TODAS. — Vaya con Dios.

ANTONIO. — Señoras...

Sale. En cuanto ha salido, la Demandadera entra en la parte exterior del locutorio y cierra

las ventanas. Una monja corre la cortina de la reja. Hay un momento de silencio, y algunas de las monjas suspiran diciendo: ¡Ay, Señor! ¡Ay, Dios mío! ¡Todo sea por Dios! Suena dos veces la campana.

VICARIA. — ¿No lo dije, niña? Ya está ahí tu padrino.

Teresa, en medio de las monjas, las mira con un poco de angustia. La Tornera va a abrir la puerta.

PRIORA. — Que pase aquí, que pase.

Entra el Médico del brazo de la Hermana Tornera; está muy viejo, pero no decrépito ni abatido.

MÉDICO. — Buenas tardes, señoras... buenas tardes, niña.

TERESA. — *Besándole la mano.* Buenas tardes, padrino.

MÉDICO. — Gran reunión... la despedida, ¿eh?... ¿Ya vieron a ese caballero?

Las monjas no contestan.

Buen muchacho, ¿no?... En la puerta aguarda, y tenemos una hora de coche hasta llegar al tren, de modo que ya puedes prepararte, hija mía.

Teresa sale con Sor Juana de la Cruz.

El baulito, ¿eh? Pueden sacarlo hasta la puerta, que fuera hay quien lo cargue.

Dos o tres monjas arrastran el baúl, sacándole por la puerta de la izquierda.



MURILLO

Eso es. *Se sienta en el sillón de la Priora.* ¿Qué me cuentan?

PRIORA. — Ya ve usted.

MAESTRA. — ¡Quién nos lo había de decir, hace diez y ocho años!

MÉDICO. — Diez y ocho años; ya vamos para viejos, reverenda Madre.

PRIORA. — Eso es lo de menos.

INÉS. — ¿Cuántos años tiene usted ya?

MÉDICO. — Setenta y ocho, hermana.

INÉS. — Pues nadie lo diría.

MÉDICO. — *Intentando un chiste para animar a las monjas.* Es que estoy conservado en santidad como los limoncillos en almíbar.

Pero ninguna de las monjas se ríe.

Un poco tristes, ¿eh?

SOR MARCELA. — ¡Qué se le va a hacer!

SOR SAGRARIO. — Ni siquiera casarse en nuestra capilla.

MÉDICO. — La madre de él es vieja y está enferma, y claro, se ha empeñado en que la boda se celebre en su casa.

PRIORA. — Es natural. ¡Pobre señora!

Pausa.

MAESTRA. — ¡Marcharse tan lejos!

MÉDICO. — ¡Volverá, volverá!

PRIORA. — Ella que no sabe del mundo. . .

MÉDICO. — No hay que apurarse; él es hombre honrado.

VICARIA. — Sí que lo parece.

Entran Teresa y Sor Juana de la Cruz. Bien se ve que las dos han llorado. Teresa viene de mantilla y con abrigo puesto, y trae al brazo un mantón que ha de servirle de manta de viaje. Se queda en medio de la habitación, sin atreverse a despedirse.

MÉDICO. — ¿Ya estás lista?

TERESA. — Ya... sí...

MÉDICO. — Pues despídete, hija, que ya es tarde.

PRIORA. — Sí, sí, no hagas esperar más.

TERESA. — *Arrodillándose a los pies de la Priora y besándole el escapulario.* Madre...

PRIORA. — Levanta, hija, levanta.

TERESA. — Bendígame usted, Madre.

PRIORA. — Dios te bendiga, sí; pero levanta.

Al levantarse Teresa, la Priora la abraza.

TERESA. — Madre... yo no sé qué decirles... yo no me sé marchar. Perdónenme todas todo el mal que haya hecho en tantos años. He sido loca, disipada, he dado tanto que hacer a todas... Perdónenme. Yo quisiera hacer algo muy grande por ustedes... ¡Que Dios se lo pague, que Dios se lo pague!

Se echa a llorar.

PRIORA. — Vamos, hija, no llores, no te aflijas así...



SASSOFERRATO

TERESA. — ¡Si no me aflijo... es que... Madre, yo nunca me olvidaré de ustedes... recen por mí... no se olviden ustedes de mí!

PRIORA. — Sí, hija, sí; rezaremos para que Dios te ayude. Tú pídele consejo siempre, antes de decidirte a cosa ninguna, que la libertad que se goza en el siglo es como espada en manos de un niño, y la vida es difícil y amarga muchas veces.

MAESTRA. — Gracias a que ella lleva el corazón bien templado para arrostrar todo lo que venga. ¿Verdad, hija?

TERESA. — Verdad, Madre.

PRIORA. — ¿Verdad que serás siempre piadosa y buena?

TERESA. — Sí, Madre, sí.

VICARIA. — Mira que tú estás más obligada que nadie, porque sales de la misma casa de Dios.

TERESA. — Sí, Madre, sí.

PRIORA. — Acuérdate de todas las mercedes que te ha hecho; acuérdate de que toda tu vida es como un milagro, de que has vivido como nadie vive, de que te has criado como nadie se cría, como la Santísima Virgen, dentro del templo.

MAESTRA. — Como en el Evangelio, Dios ha sido tu padre y tu madre más que para criatura ninguna.

PRIORA. — Piensa que eres la rosa de su jardín y el granito de incienso de su incensario.

TERESA. — Sí, Madre, sí, me acordaré de todo, siempre de todo...

MAESTRA. — Mira, hija, que no dejes ninguna noche de hacer examen de conciencia.

TERESA. — No, Madre.

SOR JUANA. — Que escribas a menudo.

TERESA. — Sí, Madre.

MÉDICO. — Vamos, Teresa, vamos.

TERESA. — *Echándose de repente en sus brazos.* ¡Ay, padrino! ¡No me las abandone usted!

MÉDICO. — ¡Hija de mi vida! Que ellas no me abandonen a mí. Si ésta es mi casa. Más de cuarenta años entrando en ella día por día. No hay nadie más antiguo que yo dentro de estas paredes. No tengo hijos. Si amores tuve, ¡hace ya tanto tiempo, que se me olvidaron!... Y las que para ti han sido madres, para mí son hijas. Ya delante de mí no se tapan la cara. ¿Para qué? Me parece como si las hubiera visto nacer a todas. *Conmoviéndose.* Aquí dentro... me quisiera morir para que ellas me cerrasen los ojos...

MAESTRA. — Vamos, vamos, Doctor, ¿quién habla de morirse?

PRIORA. — ¡Váyanse, váyanse!

TERESA. — *Mirándolas una por una.* ¿No me abrazan?

Todas las monjas, después de consultar con la mirada a la Madre, la abrazan en silencio; sólo Sor Juana de la Cruz, al abrazarla, dice:



LEONARDO DE VINCI

SOR JUANA. — ¡Hija mía!

PRIORA. — Hija, que encuentres lo que buscas en el mundo, que así lo esperamos y a Dios se lo pedimos; pero si así no fuere, aquí está tu convento.

TERESA. — Gracias, gracias. . .

MÉDICO. — Vamos, niña, vamos. . .

Salen el Médico y Teresa; pero ella vuelve desde la puerta y abraza apasionadamente a Sor Juana de la Cruz. Después sale. Sor Juana de la Cruz apoya la cabeza en la reja, de espaldas al público, y llora en silencio. Pausa. Se oyen dentro los cascabeles del coche.

MAESTRA. — Ya se van.

Suena la campana llamando a coro.

PRIORA. — Llaman a coro.

MAESTRA. — Vamos.

Todas se disponen a salir con tristeza. La Vicaria, que ve la situación, a su entender, desmoralizante, quiere remediarla; ella misma está conmovidísima, pero se obstina en vencerse, y dice en voz que ella quiere serena, pero que está como anegada en lágrimas:

VICARIA. — Un momento: he observado que algunas. . . en el rezo. . . no marcan lo bastante la división en medio del versículo, y en cambio, arrastran la última palabra de modo lamentable. Cuiden de esto, porque de sobra saben

sus reverencias que la belleza del oficio consiste muy principalmente en marcar las *pausas* y evitar las *colas*. Vamos allá.

Las monjas desfilan lentamente mientras cae el telón. Sor Juana de la Cruz se queda, llorando acongojada. — Cae el telón.







ÍNDICE DE LAS ILUSTRACIONES

ÍNDICE DE LAS ILUSTRACIONES

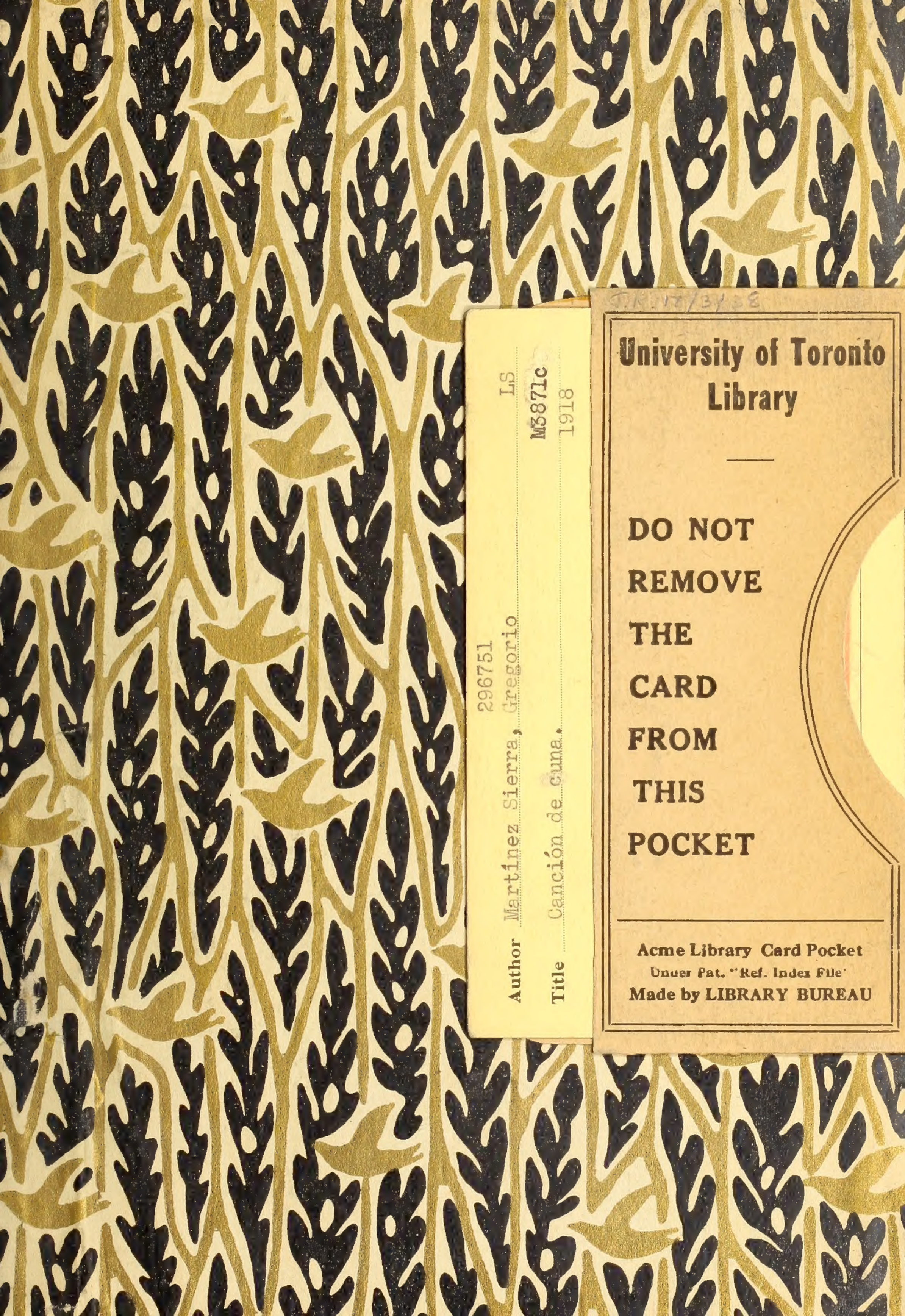


PAX

ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LA
IMPRENTA DE JOSÉ POVEDA,
PRINCIPE, 24 - MADRID.
EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1918,
DIA EN QUE SE FIRMÓ EL
ARMISTICIO DE LA GRAN
GUERRA, QUE TODOS LOS
CORAZONES BIEN NACIDOS
ESPERAMOS HAYA SIDO LA
ULTIMA DEL MUNDO.

PAX




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS
M3871c
1918
296751
Author Martinez Sierra, Gregorio
Title Canción de cuna.

